CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

8 rs.

MADRID:

RIOS, Calle de Carretas. | CUESTA, Calle Mayor.

IMPRENTA DE FORTANET, GREDA 7.

PROPIEDAD.

El *Círculo Literario Comercial* ha adquirido la propiedad de esta obra por escritura pública de 21 de Enero de 1850, y como su esclusivo propietario perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varie el título, ó represente en algun teatro del reino, ó sociedad formada por acciones, suscriciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á las reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y 5 de Mayo de 1847.

Se considerarán como reimpresos furtivamente los ejemplares que no llevasen la contraseña reservada del *Círculo Literario Comercial.*

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuvicse uno ó dos actos.» *Art.* 10 *del Reglamento del Teatro Español de* 7 *de febrero de* 1849

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art.* 11.

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art.* 12.

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda. *Idem art.* 13.

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimum la mitad.» *Art.* 59 *del decreto orgánico de Teatros del Reino, de* 7 *de febrero de* 1849.

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art.* 60.

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art* 78.

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria » *Idem art.* 81.

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se estableee en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 82.

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.ª Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

1.ª Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de* 10 *de junio de* 1847, *art.* 17.

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art.* 23.

[233;10]

MAURICIO EL REPUBLICANO,

DRAMA EN CINCO ACTOS,

arreglado á la escena española

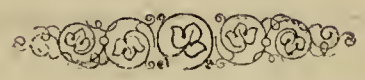
POR

DON RAMON DE NAVARRETE

Y

Don Francisco de Paula Montemar.

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 22 DE ENERO DE 1848.



MADRID:

IMPRENTA DE J. Gonzalez Y A. Vicente, C.e DE LA FLOR BAJA, N. 24.

1848.

PERSONAJES.	ACTORES.
Mauricio Linday.	*Don Florencio Romea.*
Lorin.	*Don Julian Romea.*
Margarita Tison.	*Doña Matilde Diez.*
Eloisa.	*Doña Plácida Tablares.*
Genoveva.	*Doña Josefa Palma.*
Dixmer.	*Don Pedro Lopez.*
El caballero de la Casa roja. . . .	*Don Pedro Sobrado.*
Rocher.	*Don Lázaro Perez.*
La viuda Plumeau.	*Doña Mariana Chafino.*
El presidente de la seccion. . . .	*Don Lorenzo Ucelay.*
El general.	*Don José Pló.*
Notario.	*Don Patricio Sobrado.*
Un peluquero.	*Don Juan Torroba.*
Un seccionario.	*Don Antonio Lozano.*
Un carcelero.	
Un agente.	
Dos girondinos.	

Pueblo, soldados, municipales, etc.

La escena pasa en Paris durante la revolucion de 1791.

Esta comedia es propiedad de la Sociedad **Espartana**, la cual perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna otra sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes de 5 de mayo de 1847, 8 de abril de 1839, y 4 de marzo de 1844, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán como reimpresos furtivamente todos los ejemplares que no lleven el sello de la Sociedad.

DOS PALABRAS.

Este drama no es original; pero mucho menos es una mera traduccion. Hemos tomado del de Dumas los principales personajes y las principales situaciones, pero modificando aquellos y estas; reduciendo la obra á menos de la mitad de sus dimensiones primitivas; suprimiendo incidentes, creando otros; y por último, variando esencialmente el desenlace.

Si estas innovaciones han sido acertadas, no hemos de decirlo nosotros, sino el público, juez soberano, á cuyo fallo nos sometemos siempre.

Los Traductores.

ricio Linday, y vivo calle de la Moneda, número 19. He mandado una batería el 4 de agosto, soy teniente de la guardia nacional y secretario de la seccion de los Hermanos y amigos. ¿Te parece esto suficiente?

ROCHER. Vaya, ciudadano: ¿si eres realmente lo que dices... es decir, un buen patriota?....

MAURICIO. Ya sabia yo que acabaríamos por entendernos..... Ahora, ¿por qué gritaba esta muger?

ROCHER. Porque la conducíamos al cuerpo de guardia.

MAURICIO. ¿Por qué motivo?

ROCHER. Porque no tiene carta de civismo. ¿Olvidas que la patria está en peligro y que la bandera negra ondea sobre la municipalidad?

MAURICIO. El pabellon negro ondea sobre la municipalidad y la patria está en peligro, porque doscientos mil esclavos marchan contra la Francia, y no porque una muger corra sola las calles de Paris pasadas las diez de la noche. Pero no importa: puesto que hay un decreto de la municipalidad, ciudadanos, estais en vuestro derecho..... Si me hubierais dicho eso desde el principio, la esplicacion hubiera sido mucho mas corta y sobre todo mas pacífica. Sois dueño de llevar esa muger á donde querais.

GENOVEVA. (*Aproximándose á Mauricio.*) ¡Ah! ciudadano, en nombre del cielo, no me abandoneis á merced de esos hombres groseros y embriagados.

MAURICIO. Tomad entonces mi brazo, y os conduciré yo mismo al cuerpo de guardia.

GENOVEVA. ¡Al cuerpo de guardia! ¿Y por qué? Yo no he hecho mal á nadie.

MAURICIO. Pero se supone que podeis hacerlo. Por otra parte, un decreto de la municipalidad prohibe salir sin carta de civismo..... y si vos no la teneis.....

GENOVEVA. Pero yo ignoraba.....

MAURICIO. Ciudadana, ya encontrareis alli quien aprecie vuestras razones: nada debeis temer.

GENOVEVA. ¡Caballero, no es solamente el insulto lo que yo temo, es la muerte! ¡Si se me conduce al cuerpo de guardia soy perdida!

MAURICIO. ¡Ah! ¿qué decís?

ROCHER. ¡Vamos, vamos: tú mismo lo has dicho, ciudadano oficial, tenemos obligacion de conducirla á un cuerpo de guardia! Andando, ciudadana.....

GENOVEVA. ¡Ciudadano, por piedad! ¡En nombre del cielo!
MAURICIO. Aunque quisiera hacerme matar por libertaros, no lo conseguiria.
GENOVEVA. Teneis razon, caballero: que se cumpla mi destino. Estoy pronta á seguiros.

ESCENA IV.

Dichos, LORIN, *mandando una patrulla.*

LORIN. ¿Quién vive? (*En el fondo.*)
MAURICIO. Esperad: creo que oigo la voz de un amigo..... Adelante, Lorin, adelante.
LORIN. ¡Calle! ¿Eres tú, Mauricio? ¡Ah, libertino! ¿Qué haces á estas horas en un barrio tan solitario?
MAURICIO. Ya lo ves: salgo de la seccion de los Hermanos y amigos.
LORIN. Sí, para entrar en la de las hermanas y amigas. ¿No es esto?
MAURICIO. Te engañas, amigo mio. Volvia de llevar una órden á la barrera de Santiago, y me volvia á mi casa, cuando encontré á la ciudadana que se resistia á la patrulla que estás viendo. He oido gritos, y me he detenido para pedir esplicaciones.
LORIN. Ese es un rasgo muy propio de tus nobles sentimientos. (*A Rocher y los suyos volviéndose.*) Veamos, ciudadanos: ¿por qué deteneis á esta muger?
ROCHER. Ya se lo hemos dicho al teniente; porque no tiene carta de civismo.
LORIN. ¡Vaya un crímen!
ROCHER. ¿Acaso no conoces el decreto de la municipalidad?
LORIN. Sí; pero ese decreto está derogado por otro que se halla en el código del amor, y que permite á todas las mugeres jóvenes y bonitas pasar por todas partes sin que nadie las inquiete. ¿Qué dices tú de este otro decreto?
ROCHER. No me parece.....
LORIN. ¡Obligatorio! ¿No es eso lo que quieres decir?
ROCHER. Ciertamente. Ademas, no le he leido en el *Monitor*, y no sabemos si la ciudadana es jóven y bonita.
LORIN. Yo apostaria á que sí. Veamos, ciudadana: baja tu ca-

puchon, y pruébanos que no careces de las dos circunstancias del decreto.

GENOVEVA. Caballero, despues de haberme protegido contra vuestros enemigos, protegedme ahora contra vuestros mismos amigos; yo os lo suplico.

ROCHER. ¿Lo veis? No quiere bajar su capuchon, se oculta. Es alguna espía de los aristócratas, una de esas aves nocturnas.....

GENOVEVA. ¡Ah! miradme. (*A Mauricio bajándose el capuchon de modo que él solo la vea.*) ¿Puedo yo ser lo que dicen?

MAURICIO. No, no: tranquilizaos. ¡Lorin, (*Aparte.*) como gefe de patrulla reclama la prisionera para conducirla á tu puesto!

LORIN. Bien: ya comprendo. Vamos, vamos, bella estraviada. (*A Genoveva.*) Puesto que no quereis darnos la prueba que solicitamos, es fuerza que nos sigais.

ROCHER. ¿Cómo seguiros?

LORIN. Sin duda. Vamos á conduciros á la municipalidad, en donde estamos de guardia, y alli tomaremos informes.

ROCHER. De ninguna manera. Nosotros hemos sido los primeros, y con nosotros vendrá.

LORIN. Cuidado, ciudadanos. Si no sois un poco mas políticos, nos vamos á incomodar.

ROCHER. ¡Política! La política es una virtud aristocrática, y nosotros somos verdaderos descamisados.

LORIN. ¡Chiton! No vayais á hablar de esas cosas delante de esta señora; puede ser una inglesa. (*A ella.*) No os enoje mi suposicion, hermosa desconocida. Un poeta ha dicho:

La Inglaterra es un nido de cisnes
en mitad de un magnífico estanque.

ROCHER. (*A los suyos.*) ¿Oís como habla de los ingleses? ¡Es un espía de Pitt y de Coburgo!

LORIN. Amigo mio, tú no entiendes una jota de poesía: por consiguiente, voy á hablarte en prosa. Nosotros somos atentos y amables; pero todos hijos de Paris, lo cual quiere decir que cuando se nos calientan las orejas tenemos un génio de todos los diablos. (*Murmullos y amenazas de los seccionarios.*)

MAURICIO. (*Aparte á Genoveva.*) Ya podeis, señora, adivinar lo que va á suceder. Dentro de cinco minutos, diez ó doce

hombres van á acuchillarse por vos. ¿La causa que han abrazado los que os defienden merece la sangre que se va á derramar?

GENOVEVA. Caballero, no puedo contestaros.

MAURICIO. Está bien, señora..... (*A los de Rocher.*) Ciudadanos, como vuestro oficial, como patriota y como francés, os mando proteger á esta muger; y tú, Lorin, si cualquiera de esos canallas dice una palabra.....

LORIN. A vuestras filas. (*A sus guardias.*)

GENOVEVA. ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! Protegedlos. (*Se oye un pistoletazo en las filas de Rocher.*)

LORIN. ¡Ah, miserables! ¡A la bayoneta! (*Lucha y confusion, muchas ventanas se cierran y se abren. La mayor parte de los guardias de Rocher huyen y los otros quedan sujetos á la muralla, cada uno con la punta de la bayoneta de los de Lorin al pecho.*) ¡Ah, quietos! Ahora creo que vais á ser dóciles como corderos. Ciudadano Mauricio, te encargo de conducir á esta muger al puesto de la municipalidad; tú eres el responsable, ¿entiendes?

MAURICIO. Convenido.

LORIN. Pero antes de dejarte, querido amigo, quisiera darte un consejo.

MAURICIO. Está bien. (*A Genoveva.*) Valor, señora: todo va á concluirse.

LORIN. (*A los de Rocher.*) Creo que estareis satisfechos.

ROCHER. ¡Perro girondino!

LORIN. Te engañas, amigo mio: nosotros somos mejores patriotas que tú, pues pertenecemos al club de los Termópilas, cuyo patriotismo es bien conocido. Dejad libres á los ciudadanos. (*A los suyos.*)

ROCHER. Si esa muger fuese un espía.....

LORIN. Eso nos importa á nosotros: entre tanto, creeme: el partido mas prudente que puedes adoptar es el de largarte cuanto antes.

UN SECCIONARIO. Ven, Rocher.

LORIN. ¡Rocher! (*Sorprendido al oir el nombre.*)

ROCHER. Si algun dia caeis entre mis manos..... (*Gesto de amenaza.*)

LORIN. ¡Ah! ¿Con que eres el famoso Rocher, inspector de las cárceles del Temple? Entonces ya no me admiro. (*Rocher se aleja con los suyos.*) Ahora, Mauricio, voy á darte un consejo.

MAURICIO. Ya ves que lo estoy esperando.

LORIN. Ven con nosotros y no te comprometas con esa ciudadana, que será muy bella, pero que no por eso deja de ser sospechosa.

MAURICIO. Seamos justos, mi querido Lorin. O es una buena patriota, ó es una aristócrata. Si es una aristócrata, hemos hecho una necedad en prestarla ayuda; pero el mal ya está hecho: si es una buena patriota, nuestro deber es protegerla. Ahora dime la consigna de esta noche.

LORIN. ¡Mauricio, Mauricio! Tú me pones en el trance apurado de sacrificar la amistad al deber ó el deber á la amistad.

MAURICIO. Decídete pronto por lo uno ó por lo otro.

LORIN. ¿Me prometes no abusar?

MAURICIO. Te lo prometo.

LORIN. No es bastante. Jura.....

MAURICIO. ¿Y sobre qué?

LORIN. Júralo sobre el altar de la patria.

MAURICIO. Sí; pero yo no veo aqui ningun altar de la patria.

LORIN. Aqui le tienes. (*Le presenta el sombrero por el lado de la cucarda.*)

MAURICIO. Juro á mi amigo Lorin, conducirme esta vez como siempre, respetando mis deberes como ciudadano y como ardiente defensor de la república.

LORIN. Bien: vuélveme el altar de la patria: ahora voy á decirte la consigna: *Gaula y Lutecia.* Puede ser que no falte quien te diga, como á mí, *Gallo y Lucrecia;* pero no importa, las dos palabras son romanas.

MAURICIO. Gracias, Lorin.

LORIN. Buen viaje. Adios, ciudadana. ¡Desfilen por la izquierda! ¡Paso redoblado, marchen! (*Vase con los suyos.*)

ESCENA V.

MAURICIO, GENOVEVA.

MAURICIO. Ya estamos solos, ciudadana. ¿Dónde vamos?

GENOVEVA. Muy cerca de aqui.

MAURICIO. Estoy á vuestras órdenes.

GENOVEVA. Creo que no tendré necesidad de abusar por mas tiempo de vuestra generosidad. Todo está tranquilo y dentro de algunos minutos estaré en seguridad.....

MAURICIO. Sí, en alguna madriguera de aristócratas. Confesad, ciudadana, que implorando el apoyo de mi brazo, os reiais del que os le daba.

GENOVEVA. ¿Y por qué?

MAURICIO. ¡Sin duda! Un republicano os sirve de guia, y este republicano hace traicion á su causa. ¿No es cierto?

GENOVEVA. Ciudadano, estais en un error. Yo amo la república tanto como vos.

MAURICIO. Y bien: si sois tan buena patriota, ¿para qué ocultaros? ¿De dónde venís?

GENOVEVA. No me lo pregunteis.

MAURICIO. Y lo hubierais dicho sin embargo en el primer cuerpo de guardia á donde os hubieran conducido.

GENOVEVA. ¡Oh, no, jamás!

MAURICIO. Pero entonces iriais á una prision.

GENOVEVA. Estaba resuelta á todo.

MAURICIO. Sin embargo, la prision en el dia.....

GENOVEVA. Es el cadalso, ya lo sé.

MAURICIO. ¿Y hubierais preferido el cadalso?

GENOVEVA. ¿A la traicion? Sí, caballero.....

MAURICIO. Bien: os he dicho, señora, que me haciais representar un papel bien singular siendo yo un republicano.

GENOVEVA. Os engañais: vuestro papel es el de un hombre generoso.

MAURICIO. ¿Deseais guardar el incógnito? Bien, ciudadana: mandad lo que gusteis, estoy á vuestras órdenes.

GENOVEVA. ¡Cómo! ¿Os habeis disgustado?

MAURICIO. ¿Yo? No por cierto. Y ademas, ¿qué os importa?

GENOVEVA. Os engañais: me importa mucho, porque tengo que pediros un favor.

MAURICIO. ¿Y cuál?

GENOVEVA. Un adios franco, afectuoso; un adios de amigo.

MAURICIO. ¡Un adios de amigo! Me dispensais un honor demasiado grande. ¡Singular amigo, que no sabe el nombre de su amiga, y á quien ella oculta su morada.

GENOVEVA. Adios, mi generoso protector.

MAURICIO. ¿No correis ya ningun peligro?

GENOVEVA. Ninguno.

MAURICIO. En ese caso me retiro. Adios, señora.

GENOVEVA. ¡Mauricio, mi salvador, adios! *(Dándole la mano.)*

MAURICIO. ¡Gracias! (*Besándosela.*) Id, señora, y llevad con vos los mas ardientes votos de mi corazon.

GENOVEVA. Ahora volved la cabeza, cerrad los ojos y dejadme partir sin tratar de ver hácia dónde me dirijo.

MAURICIO. Asi lo haré; pero vuestro nombre por piedad. (*Volviéndose.*)

GENOVEVA. ¡Ah, volveis la cabeza! (*Retrocediendo al fondo.*)

MAURICIO. Teneis razon: obedezco. ¡Pero vuestro nombre! Yo tengo el derecho de saberlo.

GENOVEVA. ¡Genoveva! (*Desaparece.*)

MAURICIO. ¡Genoveva! (*Volviéndose.*) ¡Ya ha desaparecido! ¡Dios mio! ¿Estoy soñando? ¡Es esta una ilusion! ¡Oh, no! Yo necesito saber quién es esa muger. Yo la encontraré.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Casa de Dixmer. Jardin. A la derecha un invernáculo: á la izquierda un pabellon. Tapia en el fondo.

ESCENA I.

DIXMER *sentado: un notario de pié y á su lado leyendo un papel.*

NOTARIO. «Firmado con su colega el 1.° de Messidor, año 2.° de la República, única é indivisible.»
DIXMER. ¿Con que es decir que puedo disponer de la casa mediante la suma de veinte y dos mil francos?
NOTARIO. Al momento, ciudadano.
DIXMER. Ya se ha cumplido *(Firmando.)* una de las formalidades; falta la principal. (*Le da un paquete de asignados.*)
NOTARIO. Veinte y dos mil francos. Perfectamente. Gracias, ciudadano.
DIXMER. Adios.
NOTARIO. Adios. (*Va á salir por la puerta del jardin y Dixmer le indica otra puerta hácia la izquierda.*)
DIXMER. Por ahi se sale á una callejuela que conduce al muelle. (*Vase el notario.*)
UN HOMBRE. Señor, nos espían. (*Acercándose á Dixmer.*)
DIXMER. Sube esa escalera y observa con el mayor cuidado. (*El hombre sube la escalera que habrá arrimada á la tapia.*)

ESCENA II.

DIXMER, *el* CABALLERO.

CABALLERO. (*Entrando.*) ¿Habeis arreglado las condiciones para comprar la casa que está próxima al Temple?
DIXMER. Estan ya firmadas.

CABALLERO. ¿Y cuándo tomamos posesion?

DIXMER. Esta misma noche. ¿Os acordais de aquel hombre que tanto nos habló de las bodegas? Cualquiera diria que sospechaba nuestro proyecto.

CABALLERO. Hay casualidades bien singulares. Esas bodegas nos ahorran indudablemente dos dias de trabajo, porque se estienden bajo las murallas del Temple, y ahora que la reina está ya avisada, nos resta solamente hacerla saber que dentro de cuatro dias todo estará dispuesto para su fuga; pero ¿podremos conseguir que nuestro proyecto llegue á su noticia? Si tuviésemos algun amigo entre los municipales que estan de servicio..... ¿Sabeis qué seccion dará el jueves la guardia en el Temple?

DIXMER. La seccion Lepelletier.

CABALLERO. Todos son jacobinos de los mas furibundos.

DIXMER. Este es un obstáculo, y es necesario pensar en salvarlo á todo trance.

CABALLERO. En nombre del cielo, amigo, os ruego que no mezcleis á Genoveva, vuestra hija, en nuestros planes de conspiracion: ¿no veis que podemos esponerla á grandes peligros? Sin ir mas lejos, ayer la obligasteis á ir sola á la Barrera de Roule para llevarme aquel disfraz que me sirvió para entrar en Paris.

DIXMER. ¿Y por qué no han de hacer las mugeres el sacrificio de su vida, si es necesario, para salvar á su reina? Heloisa Tison, la hija del conserge del Temple, ¿no se sacrifica gustosa por nuestra causa? ¿Por qué no ha de hacer lo mismo Genoveva? ¿No ha sufrido el destierro en compañía de su esposo la ciudadana Roland, y morirá tambien si los girondinos sucumben?

CABALLERO. Ya os lo he dicho: Dixmer, no quiero que Genoveva se comprometa por causa nuestra.

DIXMER. Genoveva es mi hija, y debe obedecer ciegamente mis mandatos. Ademas, yo tengo que pagar una deuda, y es natural que mi hija me ayude á satisfacerla.

CABALLERO. ¿Qué decís?

DIXMER. Vos salvasteis un dia mi patrimonio, me salvasteis el honor.

CABALLERO. No hablemos de eso.

DIXMER. Al contrario, hablemos. Yo estaba al borde de un abismo cuando me salvasteis, sacrificando toda vuestra fortuna y vuestro nombre, y yo he jurado que Dixmer y cuan-

tos lleven su apellido se sacrificarán por vos. Ahora me necesitais; estoy á vuestras órdenes..... Ademas, Genoveva os mira como á un hermano, y su mayor placer será serviros en todo.

CABALLERO. Acepto vuestros ofrecimientos; pero mi mayor cuidado será no esponer á Genoveva: y ¡ojalá tuviera en mis manos otros medios para no esponeros tambien á vos! Pero no puedo, amigo mio; estoy proscrito, y necesito de un amigo, que goce de la confianza pública. Obrad, pues; vos sois el brazo. Lo que exige la república á todo conspirador que prende es la cabeza; si perdemos, yo pagaré.

DIXMER. Ayudadme únicamente: este es el único servicio que reclamo de vos: entre tanto, ahi teneis las llaves de la casa. Examinad bien las bodegas, y señalad en las bóvedas el punto donde ha de empezarse la mina en la cantina del Temple. (*Entra un hombre.*)

ESCENA III.

Dichos, UN HOMBRE.

DIXMER. ¿Qué sucede?

HOMBRE. Ese hombre nos espía indudablemente. Tres veces ha salido de la callejuela, y otras tantas ha vuelto á esconderse.

DIXMER. ¿Dónde está?

HOMBRE. Alli. (*Llevándole á la escalera que está junto al muro.*)

DIXMER. ¿Qué hace?

HOMBRE. Parece que vacila..... Ya vuelve.

DIXMER. Es preciso tomar un partido. Dos de vosotros le cortareis la retirada, y otros tres que salgan por la puerta falsa: de ese modo se verá rodeado; pero es mejor cogerle vivo que muerto: á lo menos sabremos qué busca por estas calles. (*Salen los hombres.*)

HOMBRE 1.° ¡Ah!

DIXMER. ¿Qué es eso?

HOMBRE 1.° Ya se acerca.

DIXMER. Escuchemos. (*Ruido de lucha y dos ó tres gritos ahogados que se pierden: luego un momento de silencio.*) Ya no se oye nada.

CABALLERO. Espero que no habreis mandado asesinarle.
DIXMER. No, he mandado que se apoderen de él; pero si resistiera.....
CABALLERO. Ya le traen.

ESCENA IV.

Dichos, cuatro hombres que traen á MAURICIO *atado.*

DIXMER. ¿Quién eres?
MAURICIO. Un hombre á quien han querido asesinar.
DIXMER. Si hablas alto ó gritas, eres muerto.
MAURICIO. Si hubiese pensado en gritar, no hubiera aguardado hasta ahora para hacerlo.
DIXMER. ¿Estais pronto á responder á mis preguntas?
MAURICIO. Pregunta primero, y luego veré si debo contestarte.
DIXMER. ¿Quién te ha enviado aqui?
MAURICIO. Nadie.
DIXMER. ¿Luego vienes por tu propio interés?
MAURICIO. Sí.
DIXMER. Mientes.
MAURICIO. Yo no miento jamás. (*Procurando romper sus ligaduras.*)
DIXMER. De cualquier manera, tú eres un espía.
MAURICIO. Y vosotros unos cobardes.
TODOS. ¡Cobardes! (*Amenazándole.*)
MAURICIO. ¡Sí, porque sois siete ú ocho contra un hombre atado: cobardes, cobardes, cobardes!
TODOS. ¡Oh! (*Movimiento de amenaza.*)
CABALLERO. No hay en esto ningun insulto, ciudadanos: en estos tiempos puede ser un espía sin ser un malvado. Solo se arriesga la vida.
MAURICIO. Gracias al que ha pronunciado esas palabras, y por lo mismo estoy pronto á contestarle al momento.
CABALLERO. ¿Qué venias á hacer en este barrio?
MAURICIO. Venia á buscar á una muger.
DIXMER. ¡Mientes!
MAURICIO. Esta es la segunda vez que se me desmiente, y no siéndome posible tomar satisfaccion de este insulto, me contento con repetir que jamás he mentido.

DIXMER. Y por segunda vez te digo que confieses tu proyecto ó mueres.

MAURICIO. Mátame si quieres, no puedo decirte mas.

CABALLERO. Veamos: ¿quién eres?

MAURICIO. Soy un patricta, un jacobino, un hombre cuyo dia mas feliz será aquel en que muera por la libertad. (*Pausa.*) Vamos, ya sabeis quién soy; podeis asesinarme.

CABALLERO. Llevad alli á este hombre. (*Señala el invernáculo. Los hombres lo hacen del mismo modo que lo trajeron y cierran la puerta.*)

MAURICIO. Soy perdido: van á colgarme tal vez una piedra al cuello y á arrojarme al rio.

DIXMER. ¡Quieto ahi! *(Colocando un centinela á la puerta con carabina.)*

CABALLERO. Deliberemos, señores.

MAURICIO. Si pudiese desatarme las manos..... (*Aparte.*)

DIXMER. Como ha dicho muy bien el caballéro, en todas las clases hay sus espías. Este jóven ha sido enviado para sorprender nuestros secretos. Si le perdonamos la vida, es muy posible que nos denuncie.

MAURICIO. ¡Oh! ¡Una azada! (*Procurando buscar por el suelo.*)

CABALLERO. Le exigiremos palabra de honor.

DIXMER. ¡Su palabra! Puede muy bien darla; pero tambien puede hacernos traicion: no debe confiarse mucho en una palabra.

CABALLERO. Si no nos conoce, ¿cómo ha de denunciarnos? ¿Sabe tampoco lo que hacemos?

DIXMER. No nos conoce; pero sabe las señas de la casa, y si le dejamos en libertad, pudiera volver bien acompañado.

MAURICIO. ¡Ah! *(Logrando romper las ligaduras con la azada.)*

CABALLERO. ¿Eso es decir que estais por la muerte?

DIXMER. Decididamente: yo no comprendo vuestra grandeza de alma. Si el comité de salud pública os tuviera entre sus uñas, no os trataria con tantos miramientos.

MAURICIO. ¡Ah! ¡Una reja! ¡Un centinela! Los otros dos (*Aparte.*) estan alli: si pudiera oir lo que hablan.....

CABALLERO. ¿Con qué insistís?

DIXMER. Espero que no os opongais.

CABALLERO. Yo no soy mas que uno; pero segun veo, todos estais por la muerte.

TODOS. ¡La muerte!

CABALLERO. Mucho siento vuestra resolucion.

Mauricio. ¡La muerte! Antes que me asesinen sabré defenderme. (*Coge la azada.*)

Caballero. ¿Y Genoveva?

Dixmer. En ese pabellon.

Caballero. Miradlo bien. (*Dixmer se acerca al pabellon.*)

Hombre 1.° Si está decidido (*Al caballero.*) que muera, yo mismo le tiraré por la reja con mi carabina.

Hombre 2.° No: el ruido podria comprometernos.

Caballero. ¿Está? *(A Dixmer.)*

Dixmer. Nada ha oido : está leyendo.

Hombre 1.° ¿Y vos estais por que le despachemos de un tiro? (*A Dixmer.*)

Dixmer. El puñal es lo mejor. En un caso estremo, haremos uso de un arma de fuego.

Hombre 1.° Sea el puñal. Vamos.

Hombre 2.° Vamos. (*Suben la escalera del invernáculo y meten la llave en la cerradura.*)

Mauricio. No me queda otro medio. (*Abre la puerta y se precipita sobre el centinela, al que arranca la carabina.*)

Centinela. ¡Socorro, socorro, que se escapa!

Dixmer. ¿Lo veis? Bien lo decia yo. *(Persiguiéndole.)*

Mauricio. ¡El primero que se acerque es muerto! (*Huyendo y entrando en el pabellon de Genoveva.*)

Genoveva. (*Genoveva sale á los gritos.*) ¿Qué sucede, Dios mio? ¡Ah! ¿Quién sois? (*A Mauricio al entrar al pabellon.*) ¿Qué quereis?

Mauricio. ¡Señora!.... (*Entrando.*)

Dixmer. Quítate, Genoveva. Déjame que le mate.

Mauricio. ¡Genoveva!

Genoveva. ¡Mauricio!

Dixmer. ¿No oyes, Genoveva?

Mauricio. ¿Vos entre estos asesinos?

Genoveva. ¡Silencio! (*A Mauricio.*) ¡Oh! No le mateis. (*A Dixmer acercándose al dintel de la puerta.*)

Dixmer. Es un espía.

Caballebo. ¿Le conoceis?

Dixmer. Sí, le ha nombrado. (*Él apunta.*)

Genoveva. Deteneos: este hombre me salvó la vida.

Dixmer. ¿La vida? ¿Y cuándo?

Genoveva. Anoche, cuando volvia del arrabal de Roule. Fuí detenida, me iban á conducir á una prision para ser interrogada, y me veia perdida y podia tambien perderos. Este ciudadano salió á mi defensa, y me devolvió la libertad y la

vida. Acordaos que me preguntasteis anoche por qué estaba pálida y demudada: ya sabeis la causa.

DIXMER. ¿Y por qué no me hablaste de ese peligro en que te has encontrado?

GENOVEVA. Temia que interpretaseis desfavorablemente esta aventura.

CABALLERO. Es cierto, Dixmer; teneis un carácter demasiado violento.

DIXMER. Es verdad.

GENOVEVA. Guardad esa sortija: (*Á Mauricio aparte.*) todos la conocen.

DIXMER. Perdóname, ciudadano; no podia figurarme que perseguia al protector de mi hija. Si hubiese sabido esta circunstancia, no hubiera dudado un momento de tu honor ni de tus intenciones.

MAURICIO. Nunca hay razon para matar á un hombre porque se dude de sus intenciones. Algun otro motivo.....

DIXMER. Conozco que no debo guardar contigo ningun secreto, y por lo mismo los fio todos á tu lealtad.

MAURICIO. Si hay algun secreto.....

DIXMER. Lo sabrás.

CABALLERO. ¿Qué vais á decirle? (*Á Dixmer.*)

DIXMER. Nuestra fábula de siempre. (*Aparte al caballero.*) Pero si quereis hablarle vos mismo.....

CABALLERO. Voy á cambiar de trage y vuelvo. (*Vase.*)

ESCENA V.

Dichos, menos el CABALLERO.

MAURICIO. Ciudadano, te lo repito, es inútil.....

DIXMER. No, no debes abrigar ninguna sospecha contra los hombres á quienes te ha hecho conocer la casualidad. Yo soy un curtidor y dueño de esta fábrica. La mayor parte de los áccidos que empleo para preparar las pieles son mercancías prohibidas. Los contrabandistas tuvieron aviso de una delacion hecha al consejo general, y viéndote rondar al rededor de mi casa te creí un espía, y acordamos matarte.

GENOVEVA. ¡Dios mio! (*Aparte.*)

MAURICIO. No me digas mas. He oido vuestra conversacion.

DIXMER. Ya ves, ciudadano, si he sido franco: ¿comprendes

ahora?.... Gracias á los desórdenes de la época, M. Morand, mi cónsocio y yo, podemos formar un buen capital; tenemos la contrata de las mochilas para el ejército: todos los dias se hacen en nuestro establecimiento dos ó tres mil. La municipalidad, que tiene bastante en que pensar, no se ocupa de nuestras cuentas, y como suele decirse, á rio revuelto.....

MAURICIO. Comprendo muy bien vuestros temores; pero me hareis tambien la justicia de creer que yo no iba á denunciaros.

DIXMER. Tan satisfecho estoy de tus buenos sentimientos, que no quiero exigirte palabra alguna. Entretanto, venga esa mano; confianza por confianza: dime tú ahora, ¿qué venias á buscar aqui?

MAURICIO. Ya te lo he dicho.

DIXMER. ¿Buscabas á una muger?

GENOVEVA. ¿Asi ha dicho?

MAURICIO. Sí, una muger que vivia en la calle de Santiago.

DIXMER. ¿Tú sabes el nombre, su posicion social?

MAURICIO. Lo ignoro: era una jóven rubia, pequeña, graciosa, parecia una griseta; y para aproximarme á ella con mas seguridad he adoptado este trage popular.

DIXMER. No me digas mas. ¿Y cuál es tu nombre?

MAURICIO. Mauricio Linday.

DIXMER. Mauricio Linday. ¿Secretario de la seccion Lepelletier?

MAURICIO. El mismo, y ademas teniente de la guardia cívica y oficial municipal.

DIXMER. Dios nos le envia. (*A los hombres.*)

HOMBRES. Dispensa, ciudadano, que hayamos....

MAURICIO. Todos estais perdonados. Una vez que ha sido un error.....

DIXMER. Tengo que hablarte. (*A Genoveva.*)

GENOVEVA. ¿Cuándo?

DIXMER. Ahora mismo.

MAURICIO. Ahora, ciudadano, permíteme que me retire; deseo solamente que me pongan en camino.

DIXMER. ¿Cómo tan prontó?

MAURICIO. Mi presencia ha producido en tu casa una alarma que no quiero prolongar por mas tiempo. (*Saluda á Genoveva.*)

DIXMER. Despues de habernos conocido de una manera tan rara, desearia que no nos separáramos asi.

MAURICIO. Sin embargo, ciudadano..... seria una indiscrecion por mi parte..... La ciudadana tambien me dará su permiso.....

GENOVEVA. ¡Cielos! ¿Qué teneis? ¡Sangre!....

MAURICIO. No es casi nada. Uno de tus contrabandistas que tuvo la mano mas ligera de lo preciso.

DIXMER. ¡Herido! Ciudadano Mauricio, no saldrás de aqui hasta que yo sepa si es mortal tu herida. Tú has salvado la vida á Genoveva.—Armando, tú que entiendes algo de cirujía.....

MAURICIO. No, no hay necesidad.

DIXMER. Genoveva, es preciso que unas tus ruegos á los mios; acaso tú tengas mas influencia que nosotros.

GENOVEVA. Ciudadano, yo os suplico que no nos abandoneis.

MAURICIO. ¡Cómo! Ciudadana, ¿tú me lo suplicas?

GENOVEVA. Nada mas natural.

UN HOMBRE. Vamos, ciudadano Mauricio.

MAURICIO. Puesto que lo exigís.....

DIXMER. Armando, á mi cuarto.

MAURICIO. Obedezco. (*Vase con Armando.*)

ESCENA VI.

DIXMER, GENOVEVA.

DIXMER. Ahora que estamos solos, Genoveva, es preciso que yo averigüe cómo has conocido á Mauricio: ¿qué peligros son esos de que él me ha hablado?

GENOVEVA. Todo cuanto habeis oido es cierto.

DIXMER. ¿Y por qué no me lo dijiste antes?

GENOVEVA. Ya sabeis que nunca os digo.....

DIXMER. ¿Tú diste las señas de esta casa á ese jóven?

GENOVEVA. No.

DIXMER. ¿Y tu nombre?

GENOVEVA. Mi nombre, sí; el vuestro, no.

DIXMER. Lo cierto es que ese hombre te buscaba.

GENOVEVA. Creo haberle oido hablar de una jóven, y segun la descripcion que de ella ha hecho, no soy yo seguramente. Ademas, su aparicion en estos barrios ha sido una casualidad, y ya vereis cómo no vuelve.

DIXMER. Es indispensable que vuelva.

GENOVEVA. ¡Cómo!

DIXMER. Conoce demasiado todos nuestros proyectos. ¿Sabes que hemos comprado una casa, cuyas cuevas van á ser minadas, y por ellas lograremos penetrar hasta la prision de la reina? Ya ves que la venida de Mauricio á esta casa es un milagro del cielo.

GENOVEVA. ¡Un milagro!

DIXMER. (*Con intencion.*) ¿No lo es el que te haya salvado de caer en manos del tribunal revolucionario, libertándote de la patrulla que te detuvo?

GENOVEVA. Os juro por cuanto hay de mas sagrado en el mundo que anoche ví á Mauricio por la primera vez.

DIXMER. ¡Basta, basta! No disputemos mas sobre esto. Te dije que era una gran fortuna habernos puesto en relaciones con un hombre que goza de una reputacion tan grande de patriotismo, un hombre que puede abrirnos cuantas puertas encontremos cerradas.

GENOVEVA. En ese caso, podeis emplearle.....

DIXMER. Dudo mucho de mi influencia.

GENOVEVA. ¿Y teneis confianza en la mia?

DIXMER. Creo que cuando un hombre está dispuesto á arriesgar su vida como ayer, muriendo en la guillotina y hoy á manos de mis gentes, no es difícil el que continúe por el mismo camino, mucho mas si le ruega una persona amiga.

GENOVEVA. Ese medio.....

DIXMER. Es muy natural.

GENOVEVA. Pero no en mí.

DIXMER. Me parece que en tiempos de revolucion, cuando la sangre corre por las calles, cuando se defiende una cosa tan sagrada como la nuestra, en fin, cuando se arriesga la vida, no debe ser uno muy escrupuloso: ademas, soy un curtidor y no un retórico..... yo no discuto, conspiro. Es preciso que entremos en el Temple. Ese jóven puede franquearnos las puertas, y entonces salvaremos á María Antonieta.

GENOVEVA. Pedidme la vida, mi sangre, mi honor; pero no me pidais la vida de un hombre que me ha salvado. (*Momento de silencio.*)

DIXMER. ¿Es esa tu última resolucion?

GENOVEVA. Sí, la última.

DIXMER. Está bien: amigos, (*Se acercan dos hombres.*) no podemos servirnos del ciudadano Mauricio Linday. Ademas, segun hemos averiguado, ese hombre podrá ser nuestro enemigo mas irreconciliable. Mi opinion es que concluyamos con él de una vez sin que salga de esta casa.

Un hombre. Perfectamente.
Genoveva. ¿Qué decís?
Dixmer. Digo que no puedo sacrificar tu cabeza, la del caballero, la mia y las de todos estos buenos compañeros á una falsa susceptibilidad. Si Mauricio Linday habla, nos matan: pues bien, morirá sin que tenga necesidad de hablar.
Genoveva. No, no sereis capaz de cometer un crímen horrible.
Dixmer. Dentro de diez minutos habrá dejado de existir.
Genoveva. ¡Por piedad!
Dixmer. Ya conoces mi carácter, Genoveva. Vamos, id pronto. *(Á los hombres.)*
Genoveva. Bien, haré cuanto dispongais.
Dixmer. Deteneos, (*Á los hombres.*) y no hagais nada sin órden mia ó del caballero.
Genoveva. ¡Ah! ¡Ya respiro!
Dixmer. Para prepararlo todo, es preciso que se quede á cenar con nosotros.
Genoveva. Obedecerá.

ESCENA VII.

Dichos, mauricio.

Dixmer. ¿Qué tal, ciudadano?
Mauricio. ¿No te lo dije? Era solamente un arañazo.
Dixmer. Ya te he dicho, ciudadano, que eras mi huésped: todos lo que te rodean son tus amigos: para reconciliarnos completamente es preciso que sea en la mesa y en el mismo sitio de tu pasada aventura: asi, pues, traed la mesa aqui y respiremos en este ambiente perfumado. ¿No te parece bien, Genoveva?
Mauricio. Sentiria causaros la menor molestia. (*Mirando á Genoveva.*)
Genoveva. Mi padre será muy gustoso en que os quedeis.
Mauricio. Estoy dispuesto á obedeceros: me quedo. Gracias, Genoveva, gracias. (*Á ella.*)

ESCENA VIII.

Dichos, el CABALLERO *disfrazado.*

DIXMER. Ciudadano Mauricio, te presento al ciudadano Morand, mi consocio.

MAURICIO. Ciudadano, celebro mucho conocerte. (*Se aproximan á la mesa cubierta de viandas y luces.*)

CABALLERO. Ciudadano Mauricio, uno mis súplicas á las del ciudadano Dixmer para que olvides.....

MAURICIO. Al contrario, quisiera recordar.....

CABALLERO. ¡Recordar! ¿El qué?

MAURICIO. Hace muy poco tiempo todos me condenaron á muerte, y uno solo rogó por mi vida. Jamás olvidaré el sonido de aquella voz.

CABALLERO. ¡Me ha conocido! (*Aparte.*)

DIXMER. Vamos, vamos, ciudadano Mauricio, dad el brazo á Genoveva, y á la mesa.

MAURICIO. ¡Ah! ¡Genoveva, qué feliz soy! (*Aparte ofreciéndole el brazo.*)

CABALLERO. ¿Estamos conformes? (*A Dixmer.*)

DIXMER. El jueves entraremos en el Temple.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El patio del Temple. A la izquierda la cantina de la viuda Plumeau, á la derecha la escalera que sube al Temple y el puesto de Rocher arrimado á la escalera. En el fondo el jardin, cerrado por una tapia: encima de esta las casas de la calle Portefoix. Al levantarse el telon estan relevando la guardia.

ESCENA I.

DIXMER *de capitan, el* CABALLERO *de guardia nacional. La viuda Plumeau.* DIXMER *á la cabeza de una compañía.*

DIXMER. ¡Presenten armas! ¡Al hombro! ¡Rompan filas! (*Los guardias lo ejecutan.*) Buenos dias.

VIUDA PLUMEAU. ¡Hola! Buenos dias, ciudadano Dixmer.

DIXMER. ¿Qué nos das para almorzar? Vamos, busca bien en tu cantina.

VIUDA PLUMEAU. No tengo gran cosa que daros: como sale de aqui ahora la seccion, y como aquellos son tan glotones, me lo han devorado todo; solo me quedarán cinco ó seis botellas de un escelente vino de Saumur.

DIXMER. Ya le conozco; pero con el vino de Saumur son de rigor unas chuletas y con las chuletas un pedazo de queso de Bric.

VIUDA PLUMEAU. Te proporcionaré lo que me pides, ciudadano; solo que será menester buscarlo en casa del portero, que tiene tambien figon, de modo que tendrás que pagarlo algo mas caro.

DIXMER. Sea enhorabuena. Mientras tanto, bajaremos á la bodega á elegir nosotros mismos el vino.

VIUDA PLUMEAU. Como gustes, y hazlo cual si estuvieses en tu casa.

ESCENA II.

El CABALLERO, DIXMER, *guardias.*

DIXMER. Bajad vos mismo, caballero: yo voy á acechar. (*Enciende una linterna.*)

CABALLERO. Acaso nos faltará tiempo. La viuda Plumeau no va sino á casa del portero.

DIXMER. Tranquilizaos: ha dicho eso para desollarnos mejor. Tenemos diez minutos. ¿Y qué? (*El caballero baja á la cueva; Dixmer sostiene la trampa.*)

CABALLERO. La cueva se estiende (*Desde abajo.*) en la direccion de la calle de la Corderie, segun habíamos previsto.

DIXMER. ¿Estais seguro de que nuestros mineros seguirán la direccion indicada?

CABALLERO. Sí.

DIXMER. ¿Y de que la direccion es exacta?

CABALLERO. Fiad en mí.

DIXMER. ¿Los oís?

CABALLERO. Sí, y se acercan, y dentro de una hora estará la obra tan adelantada, que un solo piquetazo pondrá en comunicacion la cueva con el subterráneo.

ESCENA III.

Dichos, LA VIUDA, EL CABALLERO, *que pone dos botellas sobre una mesa.*

VIUDA PLUMEAU. Aqui me tienes, ciudadano: las chuletas estaban hechas, de modo que no has tenido que esperar.

DIXMER. Gracias. Vamos, ciudadano Morand, ¿has hecho tu eleccion?

CABALLERO. Sí.

VIUDA PLUMEAU. ¡Hola, hola! No has escogido lo peor; únicamente (*Mirando las botellas.*) haces mal en una cosa: en tomar tan corta cantidad.

DIXMER. ¡Diantre! Somos dos, y basta con una botella para cada uno.

VIUDA PLUMEAU. ¿Y la compañía, Dixmer, se ha de morir de sed entre tanto?

DIXMER. Es cierto: sube veinte botellas, y distribúyeselas en mi nombre á los amigos. ¿Con que (*La viuda baja á la bodega.*) todo va bien? *(Al caballero.)*

CABALLERO. Perfectamente: al menos por mi parte.

DIXMER. Dentro de diez minutos vereis aparecer al municipal con Genoveva.

CABALLERO. ¿Y los claveles?

DIXMER. Los traerá una florera, muchacha de toda nuestra confianza.

CABALLERO. ¿Y conoce bien el Temple esa florera?

DIXMER. Es Heloisa Tison, la hija del portero.

CABALLERO. ¿Y podrá reconocer á Mauricio?

DIXMER. Se le ha dicho que dará el brazo á mi hija. (*Redoble dentro.*)

CABALLERO. ¿Qué es eso?

DIXMER. Nada: que llega el general. A vuestras filas, granaderos. (*Toman las armas.*)

ESCENA IV.

Dichos, EL GENERAL *con el estado mayor: luego* ROCHER.

GENERAL. ¡Bravo! ¡Buena tropa! *(Al salir.)* ¡Escelente porte! ¿Qué compañía?

DIXMER. La de Dixmer, mi general.

GENERAL. ¿Barrio del Panteon?.... Entonces no me admiro, porque es un patriota celoso.

DIXMER. Cumplo solamente con mi deber, ciudadano general.

GENERAL. Y todo el mundo deberia imitarte. ¡Rompan filas! *(Mandándolo.)* ¿Sabeis las noticias que corren?

DIXMER. Mi general, yo vivo en mi fábrica en medio de trabajadores que no se ocupan de política, y obedezco con celo las órdenes que recibo; pero á nuestro barrio, casi desierto, llegan las noticias muy tarde.

GENERAL. Pues bien: sabed que el caballero de la Casa-Roja, el amante ó el enamorado de la reina, ha vuelto á entrar en Paris.

DIXMER. ¿De veras?

CABALLERO. ¿Y qué especie de persona es ese caballero de la Casa-Roja?

GENERAL. Un hombre de treinta á treinta y seis años, que

representa apenas veinte y cinco, de estatura regular, rubio, con ojos azules y preciosos dientes. ¡Ah! Si yo hubiese estado de servicio en el Temple el dia en que él se presentó aqui.....

CABALLERO. ¿Qué hubieras hecho?

GENERAL. No gran cosa: cerrar todas las puertas de esta prision, y llamando á la patrulla, hubiera echado mano al tal Casa-Roja, diciéndole: «caballero, te prendo por traidor á la nacion.» Y no le hubiera soltado tan fácilmente, os lo aseguro. (*Suelta al caballero, á quien agarró antes.*)

CABALLERO. El ciudadano general tiene razon: desgraciadamente no se hizo eso.....

GENERAL. ¡Hola! Ciudadanos municipales, ¿por qué no sois mas que dos? ¿Quién es el mal ciudadano que falta?

MUNICIPAL. El que falta no es de los tibios ni indiferentes, es el secretario de la seccion Lepelletier, el gefe de los valientes Termópilas, Mauricio Linday.

GENERAL. Reconozco como tú el patriotismo de Linday, lo cual no impedirá que si dentro de diez minutos no se ha presentado se le inscriba en la lista de los ausentes.

CABALLERO. ¿Oís? ¡Mauricio no ha llegado aun! (*A Dixmer.*)

DIXMER. Pero llegará, no tengais cuidado. Escucha, ciudadana Tison. (*A Margarita que aparece en la escalera.*)

ESCENA V.

Dichos, MARGARITA TISON.

MARGARITA. ¿Qué hay, mi capitan?

DIXMER. ¿No es generalmente de doce á una cuando la prisionera sale á tomar el aire á la plataforma?

MARGARITA. Justamente, de doce á una. (*Tararea la cancion de Malboroux.*)

DIXMER. Muy alegre estás hoy, ciudadana Tison.

MARGARITA. Es muy natural: mi hija acaba de mandarme un recado diciéndome que mañana tendrá permiso de la comision del Temple para venir á vernos.

DIXMER. ¡Pobre muger!

MARGARITA. ¡Hija de mis entrañas! Cuando pienso en que no me dejan abrazarla..... ¿Qué me quieres tú con esa cara de herege? (*A Rocher, que ha salido de un tenducho con un periódico y que escucha.*)

ROCHER. Tengo que decirte..... que tu hija trata con aristócratas, y que eso le costará caro.

MARGARITA. ¿Quién dice que Heloisa trata con aristócratas?

ROCHER. Yo, que la ví salir anteayer de un edificio que tenia columnas.

MARGARITA. ¿Y qué prueba eso? Que Heloisa es planchadora y tiene buenas parroquianas.

ROCHER. Sí; pero cuidado no sea que acaben por plancharla á ella tambien el cuello. Ya sabes que el hierro es muy malo en esta época. ¿Me entiendes, ciudadana Tison, me entiendes?

MARGARITA. Sea mi hija lo que quiera; pero si le sucediese alguna desgracia por tu culpa ó por la de cualquiera otro.... ¡No te digo mas que esto, Rocher! (*Vase.*)

ESCENA VI.

Dichos, LORIN.

LORIN. Buenos dias, amigos: (*Saliendo.*) buenos dias, ciudadanos: buenos dias, queridos municipales..... ¡Buenos dias todo el mundo! ¡Hola! No veo á Mauricio, como no le he visto en su casa ni en la mia, ni en su oficio, no hay remedio, ó está preso, ó está enamorado. ¿Quién es aqui el gefe del puesto?

DIXMER. Yo, ciudadano.

LORIN. ¿Podrás decirme si Mauricio Linday, que como municipal debia hallarse de guardia junto á la ex-reina, ha parecido por aqui? Deseo hablarle, y.....

DIXMER. En efecto, hoy está de guardia; pero no ha llegado aun.

LORIN. Aunque llegará, no lo dudeis. Ademas, aqui estoy yo para reemplazarle. Tengo mi banda en el bolsillo.... ¿Qué es lo que veo? Al gran canalla de Rocher, á quien tan lindamente la otra noche..... Tengo curiosidad de ver si me reconoce.

ROCHER. ¡Oh, oh! Alli está uno (*Mirándole de reojo.*) de los currutacos del arrabal de Santiago. ¿Qué vendrá á buscar?

LORIN. «Rocher, zapador, inspector, tiene para leer periódicos patriotas, y trabaja por la patria.» (*Leyendo la muestra de la tienda.*) Ciudadano Rocher, (*Á él.*) salud y fraternidad.....

ROCHER. Ó la muerte.

LORIN. Gracias.
ROCHER. ¿Qué me quieres?
LORIN. Tienes gabinete de lectura, ¿eh? Pues dame un periódico.
ROCHER. No tengo periódicos aristócratas.
LORIN. ¿Y quién los pide?
ROCHER. Yo bien sé lo que á tí te gusta.
LORIN. Mira, querido, si me tomas por aristócrata, vamos á enfadarnos otra vez.
ROCHER. ¿Cómo otra vez? ¿Pues acaso te conozco yo?
LORIN. Si no me conoces, razon mas para que seas cortés, ciudadano Cancervero: ya ves que estoy muy fino contigo.
ROCHER. ¡Cobarde! Porque me tiene miedo. (*Aparte.*)
LORIN. Tú, que eres tan buen patriota, no debes leer mas que escelentes periódicos; dame el que tienes en la mano.
ROCHER. Leo los que me da la gana, y no necesito tu dinero. Soy libre é incorruptible: ¿entiendes? (*Lee.*)
LORIN. Oye, Rocher: ¿con que no quieres dejarme ese papel?
ROCHER. Te digo que lo estoy leyendo.
LORIN. Pues lo lees al revés; yo lo leeré al derecho, y asi no te estorbará lo negro.
ROCHER. Pícaro aristócrata, ¿crees que ahora me podrás sopetear como la otra noche?
LORIN. ¡Hola! ¿Te sopeteé yo la otra noche? Creí que no me conocias.
ROCHER. Es que aqui puedo hacerte arrestar.
LORIN. Arrestar á un Termópila, ¿eh?
ROCHER. Bastará con descubrir lo que haces por la noche, infame girondino.
LORIN. Lo que hago por la noche es muy natural: vapuleo al ciudadano Rocher, al zapador, al.....
ROCHER. ¡Tunante! ¡En el ejercicio *(Furioso.)* de mis funciones! Voy á..... (*Saca el sable.*)
LORIN. Pues toma, (*Le arrima un puntapié, y le obliga á entrar en su tenducho.*) que los dos estamos en el ejercicio de nuestras funciones..... Entra en tu madriguera, ciudadano inspector, y si cuidas de tu salud tanto como de la patria, envaina tu sable si no quieres que te corte las orejas con él!
ROCHER. Tú me las pagarás (*Entre dientes.*) todas juntas.

ESCENA VII.

Dichos, MAURICIO *que da el brazo á* GENOVEVA.

LORIN. ¡Ahi está ya Mauricio, (*Viéndolo.*) y trae del brazo á una muger! Por las señas solo está enamorado.

MAURICIO. Buenos dias, Dixmer; (*Á este.*) buenos dias, ciudadano Morand. (*Al caballero.*) Dispensadme, general, (*Á este.*) si llego un poco mas tarde; pero me han detenido esta mañana en la seccion mas de lo acostumbrado.

GENERAL. ¿Y quién ha sido? ¿Esta hermosa ciudadana?

MAURICIO. General, es la hija de Dixmer.

GENERAL. Pues me gusta mas que su padre. Buenos dias, ciudadana.

LORIN. Gracias á Dios que te se ve. (*Acercándose.*) ¡Me parece que el amor perjudica á la amistad! No importa: preséntame á tu compañía. (*Mauricio presenta á Lorin á Genoveva, á Dixmer y al caballero.*)

MAURICIO. Os presento á mi querido Lorin, un amigo como hay pocos, y que solo tiene un defecto, el de estar siempre de buen humor.

LORIN. Chiquito, lo que dices es muy prosaico, y la ciudadana no dirá que soy un hombre insensible, un.....

GENOVEVA. El ciudadano Mauricio me ha hablado ya bastante del valor y de la generosidad del ciudadano Lorin para que yo pueda formar mal concepto de él.

GENERAL. (*A Genoveva, á quien no deja de mirar.*) ¿Y qué vienes á hacer tú por aqui, linda patriota?

CABALLERO. Voy á decírtelo, general: ocho dias há, comiendo con la ciudadana y el ciudadano Mauricio, me ocurrió decir que en mis diferentes viajes..... porque yo he viajado mucho, ciudadano general, que en mis diferentes viajes no habia visto nunca dos cosas: un rey y un dios. Entonces el ciudadano Mauricio nos prometió dejarnos ver á la exreina.

GENERAL. ¿Y tú aceptaste?

CABALLERO. Con ansia.

GENERAL. Hiciste bien.

MAURICIO. ¿Tú nos lo permites, ciudadano general?

GENERAL. Sin duda: ¿quieres que la ciudadana y el ciudadano entren en la torre para ver á las prisioneras? Es cosa fácil.

Capitan, (*A Dixmer.*) es menester colocar centinelas: yo les diré que pueden dejar pasar á tu hija conducida por el municipal Mauricio.

Lorin. ¿Quieres que te acompañe, general? (*A Mauricio.*) Voy á reemplazarte; tú estás de servicio con la hermosura.

ESCENA VIII.

Dichos, heloisa tison *de florera.*

Heloisa. ¿Quién quiere ramilletes bonitos? ¡Claveles, claveles!.... ¿Quién quiere claveles?

Centinela. No se pasa.

Dixmer. ¡Heloisa Tison! ¡Ánimo! (*Al caballero aparte.*) Todo va bien.

Centinela. Repito que no se pasa.

Lorin. Hay escepcion para los claveles y las rosas. (*Desde las escaleras.*) Déjala entrar.

Centinela. ¿Lo autorizas tú?

Lorin. Sí, yo lo autorizo.

Heloisa. ¿No está mi madre aqui? (*Bajo á Dixmer.*)

Dixmer. No.

Mauricio. ¡Magníficos claveles! Mirad, Genoveva.

Heloisa. Vamos, galan municipal, compra un ramillete á esa bella ciudadana. Tiene vestido blanco, y estos claveles encarnados sentarán perfectamente colocados sobre su corazon; y como su corazon está muy cerca de tu uniforme azul, los dos llevareis los colores nacionales.

Mauricio. Pues bien: sí, te lo compro.

Genoveva. Mauricio, ¡qué locura!

Mauricio. Toma, eso para tí. (*Le da un asignado á Heloisa.*)

Heloisa. ¡Cinco libras! Gracias cinco veces, galan municipal. ¿Quién quiere ramilletes? (*Alejándose.*) ¡A mis claveles, á mis claveles!

Dixmer. Márchate, que viene tu madre.

Heloisa. ¡Ah! ¡Madre del alma! (*Huye.*)

ESCENA IX.

Dichos, MARGARITA.

MARGARITA. (*Desde el fondo.*) ¡Me parecia haber oido la voz de mi hija! ¡Ay! No era ella. Ciudadano municipal, ¿qué buena gente nos traes por acá? (*A Mauricio.*)

MAURICIO. Son amigos que no han visto nunca á la presa.

MARGARITA. Pues la verán perfectamente detrás de los vidrios.

CABALLERO. Es cierto que alli estaremos muy bien.

GENOVEVA. Solo que pareceremos de esos curiosos crueles que van á gozar de los tormentos de un cautivo al través de sus hierros.

MARGARITA. ¿Por qué no los llevais hácia la torre? Por alli se pasea hoy esa muger con su hermana y su hija.

GENOVEVA. Tiene razon la ciudadana. Si podeis, de cualquiera modo que sea, colocarme por donde pase la reina, eso me repugnará menos que mirarla detrás de los vidrios. Me parece que esa manera de contemplar á las presas es humillante á la vez, para ellas y para nosotros.

MAURICIO. Genoveva, estais dotada de la mas sublime delicadeza. Tranquilizaos, se hará lo que deseais.

MARGARITA. Son las tres. Ya es tiempo, andad. Si deseas colocar á tus amigos, ciudadano Linday, ven, sígueme.

MAURICIO. Venid, Morand. Vamos á verla. ¿Qué es eso? ¿Qué teneis?

CABALLERO. ¿Yo? ¡Nada! Ya os sigo. (*Redoble de tambores.*)

GENOVEVA. ¡Cuántas precauciones para guardar á tres mugeres! ¡Dios mio! (*Toman los nacionales las armas, cierran las puertas y se releva la guardia.*)

CABALLERO. Si todos los que intentan su evasion se hallasen en nuestro lugar, y viesen lo que nosotros vemos, creo que eso les desanimaria en sus tentativas. (*Suben la escalera.*)

GENOVEVA. Con efecto, comienzo á creer que no la salvarán.

MAURICIO. Yo lo aguardo tambien. (*Vase.*)

ESCENA X.

Dichos, menos GENOVEVA, MAURICIO *y el* CABALLERO.

GENERAL. Abrid arriba, se permite el paso. (*En voz alta.*)
LORIN. Ya está hecho, mi general. (*Bajando.*)
ROCHER. ¡Ah, ah! ¡Bien, muy bien! (*Desde su ventana.*) (*Saca lapiz y toma notas.*)
LORIN. ¡Hola! Tú que lees al revés, ¿sabes escribir al derecho ahora? (*Mirándole.*) ¡Calla! ¡Está tomando notas! Es Rocher el censor.
ROCHER. Notas en las cuales digo que has dejado penetrar gentes en el torreon, y eso sin permiso de nadie. ¡Cuidadito si es verdad!
LORIN. Anda, anda, bruto; dí lo que te se antoje.
VIUDA PLUMEAU. (*Saliendo á Dixmer.*) ¿A que no sabes, ciudadano Dixmer, lo que acabo de ver ahora mismo en el muelle?
DIXMER. ¿Cómo quieres que lo sepa?
VIUDA PLUMEAU. Pues era una ramilletera, que llevaba, por mas señas, preciosos claveles, y que en lugar de venderlos, los arrojaba al Sena desde el puente. Esta manera de despachar su mercancía me sorprendió; miro atentamente á la jóven, y ¿á quién dirás que reconozco bajo el disfraz de ramílletera? A mi amiga Heloisa Tison.
LORIN. ¿A la hija de la portera?
VIUDA PLUMEAU. Justamente; y no sé por qué esa chica habrá dejado su antiguo oficio de planchadora. La llamo para preguntárselo, y vuelve la cabeza; la hago una seña, y me conoce; la grito que me espere, y se escapa. Corro tras de ella, la voy á alcanzar ya, cuando en la esquina de la calle inmediata desaparece, dejándome con tanta boca abierta.
DIXMER. ¡Gracias á Dios! (*Aparte.*)
LORIN. ¡Hola! ¿Ya estais de vuelta, amigos mios? (*Viendo á Genoveva, Mauricio y caballero.*)

ESCENA XI.

Dichos, MAURICIO, GENOVEVA *y el* CABALLERO.

DIXMER. ¡No trae el ramillete! (*Mirando á Genoveva.*) ¡Bien! (*Aparte.*)

LORIN. ¿Qué tal, ciudadana? ¿La has visto?
GENOVEVA. Sí, gracias al ciudadano Mauricio; y ahora, aunque yo viviese cien años, no olvidaria nunca su rostro.
LORIN. ¿Y qué te ha parecido?
GENOVEVA. Muy hermosa.
MAURICIO. ¿Y á tí, ciudadano Morand?
CABALLERO. Muy pálida.
MAURICIO. Decid, Genoveva, ¿seria por ventura de la reina de quien se halla enamorado el compadre Morand?
CABALLERO. ¡Qué locura! (*Estremeciéndose.*)
DIXMER. Comienza á hacerse tarde, Genoveva; y es hora de que te vuelvas á casa.
MAURICIO. ¿Me permitís que os acompañe hasta la puerta de salida? (*Genoveva hace un gesto.*)
DIXMER. Adios, Genoveva; adios, hija mia. Hasta la vista, ciudadano Mauricio. (*Vanse Genoveva y Mauricio.*)

ESCENA XII.

DIXMER, *el* CABALLERO, MARGARITA, ROCHER, LORIN, *luego* MAURICIO, *el* GENERAL, *etc.*

CABALLERO. Van á dar las cuatro. (*Bajo á Dixmer.*)
DIXMER. Yo entro en la cantina; vigilad vos.
CABALLERO. ¿Qué teneis, pobre muger? (*A Margarita que se sienta al pié de la escalera.*)
MARGARITA. ¿Qué tengo? Que estoy furiosa.
CABALLERO. ¿Por qué?
MARGARITA. Porque en este mundo todo son injusticias. Tú, ciudadano, vienes aqui por un dia solamente, y se permite que te visiten bonitas muchachas que dan ramilletes; y á mí, que vivo perpetuamente en esta jaula, me prohiben ver á mi pobre Heloisa.
CABALLERO. Tomad, infeliz, y tened valor. (*La da un asignado.*)
MARGARITA. ¡Un asignado de diez libras! ¡Gracias, ciudadano, eres muy generoso! Pero yo apreciaria mas un papillote en que hubieseis envuelto el cabello de mi hija querida.
CABALLERO. ¡Pobre muger! ¡Y Heloisa que estaba aqui poco ha!
ROCHER. ¿Con que, por las señas, quieres hacer que te guillotinen, ciudadana?
MARGARITA. ¿Por qué?

ROCHER. ¿Por qué? Porque recibes dinero de los guardias nacionales por dejar entrar aristócratas á que vean á la presa. (*Durante estas palabras, Mauricio ha vuelto y se detiene á escuchar.*)

MARGARITA. Cállate. Tú estás loco.

ROCHER. Lo conseguiré en el acto.

MARGARITA. Si eran amigos del ciudadano Mauricio, uno de los mejores patriotas que existen.

ROCHER. Te digo que son conspiradores. Ademas, la seccion lo sabrá todo, y ella juzgará.

MARGARITA. Picaro espía, ¿quieres denunciarme?

ROCHER. Ni mas ni menos, á no ser que te denuncies tú misma.

MARGARITA. ¿Y qué le he de denunciar? ¿Qué quieres que denuncie?

ROCHER. Lo que ha pasado aqui.

MARGARITA. Y si no ha pasado nada.

ROCHER. ¿Dónde estaban los aristócratas?

MARGARITA. Ahi, al fin de la escalera.

ROCHER. ¿Cuando subió la ex-reina?

MARGARITA. Sí.

ROCHER. ¿Y se hablaron?

MARGARITA. Le dijeron dos palabras.

ROCHER. ¿Dos palabras? ¡Ya lo ves! Ademas, ¡aqui huele á aristócrata!

MARGARITA. ¿Es decir que huele á claveles?

ROCHER. ¿A claveles? ¿Y por qué á claveles?

MARGARITA. Porque la ciudadana tenia un ramillete magnífico de ellos.

ROCHER. No, no lo tenia cuando yo la ví salir.

MARGARITA. Sí, no lo llevaba ya.

ROCHER. ¿Y por qué no lo llevaba ya?

MARGARITA. Porque se lo dió á la reina.

ROCHER. ¿Ves cómo dices la reina? ¡Margarita, el trato con los aristócratas te perderá! ¡Un ramillete..... la dan ramilletes!.... ¿Qué demonio he pisado yo?

MARGARITA. Precisamente un clavel que se caeria del ramillete de la ciudadana cuando subia la escalera.

ROCHER. ¿Y dices que la reina tomó las flores de manos de aquella?

MARGARITA. No las tomó; (*Adelantándose.*) fuí yo que se las dí: ¿entiendes, Rocher?

ROCHER. Bueno: uno ve lo que ve y sabe lo que sabe.

MARGARITA. Yo sé una cosa y voy á decírtela. Es que no tienes nada que hacer aquí, y que el puesto de los soplones es aquel. Así, márchate á él, espía, ó te llevaré yo misma. (*Asiéndole y golpeándole. Acuden Lorin y el general seguidos de soldados.*)

ROCHER. ¡Socorro, socorro! ¡Ah! ¿Con qué me amenazas, con que me llamas soplon? (*Deshoja el clavel y encuentra un billete.*) ¿Qué es esto?

MARGARITA. ¿El qué?

ROCHER. ¡Un billete, un billete en el clavel! Tu amigo Lorin dice que yo no sé leer..... aguarda, aguarda. (*Todos se agrupan junto á él.*)

GENERAL. ¿Qué hay?

ROCHER. Hay que he encontrado un billete en el clavel, y que busco mis anteojos para leerlo.

GENERAL. Dame pronto. (*Lee.*) «Hoy á las cuatro de la tarde pedid que os permitan bajar al jardin, en vista de que se ha comunicado órden de que os concedan este favor cuando lo soliciteis. Despues de dar dos ó tres vueltas acercaos á la cantina, y pedid á la viuda Plumeau licencia para sentaros en su casa. Al cabo de un instante fingid que os sentís indispuesta y que os desmayais: entonces se alejará á todo el mundo para que os suministren algunos remedios, y quedais sola con vuestra hermana y vuestra hija. Inmediatamente se abrirá la trampa de la bodega: precipitaos las tres por aquella abertura y os habeis salvado.» (*Dixmer y el caballero escuchan desde dos estremos opuestos del teatro.*)

ROCHER. ¡Una conspiracion! Yo he descubierto una conspiracion. ¡Patriotas del Temple, acudid, acudid, acudid!

GENERAL. ¿Qué quereis, Mauricio?

MAURICIO. Ciudadano (*Mauricio separa la gente para acercarse al general.*) general, me hallo dispuesto á dar todas las esplicaciones necesarias; pero ante todo pido ser arrestado.

GENERAL. ¿Arrestado? ¿Y por qué?

MAURICIO. Porque yo fuí quien dió el ramillete á la reina.

GENERAL. Ciudadano Mauricio, responderás de todo ante el tribunal.

LORIN. ¡Mauricio acusado por un clavel! ¡Y la florera arrojaba las flores al rio!..... Poco he de poder ó descubriré ese misterio. (*Vase rápidamente.*)

GENERAL. (*Dan las cuatro.*) Las cuatro. ¡La hora señalada para la evasion! ¡Capitan Dixmer, á las armas! Ciudadano municipal, cerrad las puertas de la torre! (*A uno.*) Vos, guar-

dad esa cantina; (*A otros.*) granaderos, á vuestras filas. Artilleros, á vuestras piezas. Capitan, ocupad con cincuenta hombres esta escalera. (*Movimiento de tropas: voces de mando, redobles de tambor.*)

DIXMER. Caballero, ¿qué hemos de hacer?

CABALLERO. ¡Nada! Dios no lo ha querido.

GENERAL. Ahora, Mauricio, á la seccion.

TODOS. ¡A la seccion, á la seccion!!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La seccion del Temple. En medio la tribuna de los oradores: á la izquierda el sillon y la mesa del presidente: á la derecha una gradería de espectadores, y especialmente de mugeres, que cosen, hacen calceta, etc.—Una multitud de seccionarios entran en la escena á compás del tambor.

ESCENA I.

El PRESIDENTE, *el* PELUQUERO, MAURICIO, *pueblo.*

PRESIDENTE. ¿Cómo te llamas?
PELUQUERO. Cayo Poussignon.
PRESIDENTE. ¿Dónde vives?
PELUQUERO. En la calle de la Calandria, número siete.
PRESIDENTE. ¿Qué haces?
PELUQUERO. Pelucas.
PRESIDENTE. ¿Qué garantías has dado á la revolucion?
PELUQUERO. Pago exactamente las contribuciones.
PRESIDENTE. No haces sino cumplir con tu deber. ¿Y qué mas?
PELUQUERO. Voy de guardia siempre que me envian el aviso de.....
PRESIDENTE. ¡Buen mérito! Si no lo ejecutaras asi, te pondrian preso. ¿Y qué mas?
PELUQUERO. ¡Cómo! ¿Mas aun?
PRESIDENTE. ¿Vienes con frecuencia á la seccion?
PELUQUERO. Vendria con mucho gusto, ciudadano, si los asuntos de mi comercio.....
PRESIDENTE. Los asuntos de la nacion son primero. ¿Y qué pides?
PELUQUERO. Pido el insigne favor de ser recibido como individuo de la Sociedad popular.
PRESIDENTE. ¡No eres poco ambicioso! Pero no importa: los

buenos patriotas tienen derecho á todo. ¿Eres buen patriota?

PELUQUERO. ¡Oh! ¡En cuanto á eso, me glorío de serlo!

PRESIDENTE. Lo veremos.

UN SECCIONARIO. ¡Sí, sí, lo veremos! Pido la palabra.

PRESIDENTE. Acércate, jóven patriota.

SECCIONARIO. Ciudadano presidente, pregúntale qué ha hecho para ser ahorcado en caso de contrarevolucion.

PRESIDENTE. ¿Has oido la pregunta?

PELUQUERO. Ciertamente.

PRESIDENTE. Pues responde á ella. ¿Qué has hecho? Sepamos.

PELUQUERO. En primer lugar..... estuve en la toma de la Bastilla.

SECCIONARIO. Sí, era peluquero del gobernador; de suerte que no tiene nada de particular que estuviese alli.

PELUQUERO. Me encontré el diez de agosto en las Tullerías.

SECCIONARIO. Sí, como ayuda de cámara de un ex-marqués.

PRESIDENTE. ¿Y qué hiciste en las Tullerías el diez de agosto?

PELUQUERO. ¡Maté..... creo que maté..... ó herí á un satélite de los tiranos!

SECCIONARIO. (*Subiendo tambien á la tribuna.*) Yo voy á auxiliar á tu memoria.—No mataste ni heriste á aquel satélite del tirano; le arrastraste á la calle de la Escala para que pudiese escaparse tranquilamente. (*Rumores en la asamblea.*)

PRESIDENTE. ¿Es verdad?

PELUQUERO. Escuchadme, señor mio. (*Gritos, tumulto, esplosion.*)

GRITOS. ¡Ha dicho señor! ¡Es un espía! ¡Es un ex!.... (*El peluquero se esconde dentro de la tribuna.*)

SECCIONARIO. Luego continuó peinando á los aristócratas..... A ver, niégalo. ¿No eras tú quien peinaba á Barnave y á Gensonné?

PELUQUERO. Seguramente que ellos se han hecho aristócratas despues; pero en la época en que yo cuidaba de sus cabezas, eran todavía buenos patriotas.

GRITOS. ¡Nunca, nunca! ¡Es un girondino! ¡Mueran los girondinos, mueran los girondinos!

ESCENA II.

Dichos, MARGARITA, ROCHER, *y mas pueblo.*

ROCHER. ¡Sí, sí! ¡Mueran los girondinos! Mas no es de esto de lo que se trata. ¡A las armas, ciudadanos, á las armas! La patria se halla en peligro.

PRESIDENTE. ¿La patria en peligro? ¿Pues qué hay, ciudadano Rocher?

PELUQUERO. (*Aparte.*) Creo que no haré mal en aprovecharme de que la patria está en peligro para escapar. (*Se esquiva.*)

SECCIONARIO. ¿A dónde vás? (*Deteniéndole.*)

PELUQUERO. A peinar á Robespierre..... Se me enfrian los hierros, y.....

ROCHER. Déjale marchar, que ya le encontraremos. Es Cayo Poussignon, y sé dónde vive. Por el momento tenemos cosas mas importantes en que ocuparnos.

PRESIDENTE. Ciudadano, dijiste que la patria se hallaba en peligro.....

ROCHER. ¡Sí; pero yo acabo de salvarla!

GRITOS. ¡Viva Rocher, viva Rocher!

ROCHER. (*Modestamente.*) ¡Gracias!

SECCIONARIO. Pido que se le concedan al valiente Rocher los honores de la sesion.

MAURICIO. (*Desde las tribunas.*) Aguardad al menos á saber lo que ha hecho.

ROCHER. ¡Hola! ¿Ahi estás tú?

MAURICIO. ¿Y por qué no?

ROCHER. Te denuncio como traidor. (*Al presidente.*) Ciudadano, Mauricio Linday es un traidor, un aristócrata, un ex.

PRESIDENTE. ¿Mauricio Linday? ¿El secretario de la seccion Lepelletier?

MAURICIO. Déjale, déjale hablar, ciudadano presidente.

ROCHER. Sí, un traidor, asi como el ciudadano Lorin, que es otro aristócrata.

PRESIDENTE. ¿Y quién los acusa?

ROCHER. La ciudadana Tison, que se halla presente. (*A Margarita.*) Sube á la tribuna, y acúsalos.

MARGARITA. ¿Que suba?

ROCHER. Sí: acúsalos, acúsalos, si quieres que te devuelvan tu hija.

MARGARITA. Entonces, los acuso.
PRESIDENTE. ¿A quién acusas?
MARGARITA. Al ciudadano Mauricio Linday.
ROCHER. (*Bajo á ella.*) Y al ciudadano Lorin.
MARGARITA. Y al ciudadano Lorin. (*Bajo.*) Pero ¿me devolverán mi hija?
ROCHER. ¡Sí, sí!
PRESIDENTE. ¿Y de qué los acusas?
ROCHER. De conspiracion: han intentado hacer evadirse á la presa del Temple.
MAURICIO. Ciudadano Rocher, deja que hable la ciudadana acusadora.
ROCHER. Tú no tienes la palabra. (*Al presidente.*) Dile que no tiene la palabra.
PRESIDENTE. Ciudadana, ¿qué conspiracion es la que vienes á denunciar aqui?
MARGARITA. (*Confusa.*) ¿Qué conspiracion?
ROCHER. (*Bajo.*) Sí, la del clavel..... ya sabes.
MARGARITA. La conspiracion del clavel..... eso es.
PRESIDENTE. Acaba.
MAURICIO. Ciudadano presidente, bien vés que la pobre muger está medio loca, y que aunque ayudada por el escelente patriota Rocher, le falta á lo mejor la memoria. Si quieres, yo mismo voy á revelarte la conspiracion.....
ROCHER. Ciudadano, impon silencio al aristócrata. No tienes la palabra, girondino.
GRITOS. ¡Sí, sí! ¡No, no! ¡Que hable, que hable! (*Espantoso tumulto.*)
PRESIDENTE. (*Cubriéndose.*) ¡Silencio! (*Agita la campanilla.*) Tiene la palabra el ciudadano Mauricio Linday para descubrir el complot.
TODOS. ¡Bravo, bravo! (*Aplausos.*)
MAURICIO. Se ha encontrado un plan de evasion dentro de un clavel.
PRESIDENTE. ¿Luego habia complot?
MAURICIO. Ciertamente.
ROCHER. ¡Lo confiesa! Bien vés que lo confiesa, ciudadano.
PRESIDENTE. ¿Y quién llevó el clavel?
MAURICIO. Una muger, que fué instrumento, aunque de seguro no era cómplice.
ROCHER. Sí, le dió la flor á la presa; un clavel que encerraba un billete. (*A Margarita.*) Acusa, acusa, ya que has venido á acusar.

PRESIDENTE. ¿Y quién condujo á aquella muger al Temple?
MAURICIO. Yo, ciudadano.
ROCHER. ¡Él!.... ¿Lo veis?
MAURICIO. Sí, yo.
PRESIDENTE. ¿Cómo se llamaba?
MAURICIO. Es la hija del capitan Dixmer, muy conocido por su patriotismo en todo el barrio de Victor.
ROCHER. ¡Sí, sí, buen patriota! ¡Y su hija quiere ver á la presa!
MAURICIO. No: yo fuí quien cenando en su casa la propuse llevarla al Temple, donde no habia entrado nunca.
PRESIDENTE. ¿Entonces la ciudadana Dixmer se habia provisto de flores, y el ramillete estaba hecho de antemano?
MAURICIO. No, porque yo fuí tambien quien compró el ramillete á una muchacha que los vendia en el patio del Temple.
PRESIDENTE. Mas pudo introducirse el billete entre las flores despues de comprado el ramillete.
MAURICIO. No era posible, ciudadano: yo no me aparté un instante de la ciudadana Dixmer; y para meter un papel dentro de cada flor, porque, segun dice Rocher, cada clavel debia encerrar un billete semejante, se hubiera necesitado al menos medio dia.
PESIDENTE. ¿Luego en tu opinion, ciudadano, no existia complot?
MAURICIO. Sí tal, y yo soy el primero en afirmarlo y en creerlo; solo que ese complot no procede de mí ni de mis amigos. Asi, lo que se debe hacer es buscar á la ramilletera.
ROCHER. ¡Sí, sí, á la ramilletera..... á la ramilletera! ¡No se la encontrará! Os lo anuncio: es una conspiracion formada por una sociedad de ex, que se devuelven la pelota los unos á los otros, como cobardes que son. Bien lo habeis visto..... Además, el ciudadano Lorin habia desaparecido cuando fueron á buscarle á su casa; y estoy seguro de que no se les encontrará ni á él ni á la ramilletera.

ESCENA III.

Dichos, LORIN.

LORIN. Mientes, Rocher: se le encontrará, porque está aqui. ¡Sitio, sitio!.... (*Va á sentarse junto á Mauricio, que le tiende la mano.*)
GRITOS. ¡Bravo, bravo!

LORIN. ¡Vaya! ¿Por qué me aplauden esos tontos?

ROCHER. ¡Pido que la ciudadana Tison sea interrogada; pido que hable; pido que acuse!

LORIN. ¡La ciudadana Tison! ¡Oh! Ciudadanos, antes de que diga una palabra, antes de que acuse, pido que sea oida la jóven ramilletera que acaba de ser presa, y que van á traer aqui.

ROCHER. ¡No, no! ¡Es algun otro testigo falso..... algun partidario de los aristócratas! Ademas, la ciudadana Tison solo anhela ilustrar á la justicia.

GRITOS. ¡Sí, sí! ¡Qué hable la Tison! ¡Sí, sí! ¡Que declare!

PRESIDENTE. Un momento.—Ciudadano Linday, ¿no tienes nada que decir?

MAURICIO. Nada, ciudadano, sino que antes de llamar traidor y cobarde á un hombre como yo, Rocher deberia haberse informado bien.

ROCHER. ¿Qué dices, qué dices?

LORIN. Que quedarás cruelmente castigado cuando veas lo que va á suceder.

ROCHER. ¿Y qué va á suceder?

LORIN. Ciudadano, pido nuevamente que se oiga á la jóven que acaba de ser presa antes de que hable esa pobre muger.

ROCHER. No quieres que hable, porque ella sabe la verdad.

LORIN. La infeliz ignora á quién acusa, porque han influido para su declaracion.

ROCHER. ¿Oyes, ciudadana, oyes? ¡Dicen que eres un testigo falso!

MARGARITA. ¿Yo un testigo falso? ¡Aguarda, aguarda y verás!

LORIN. Ciudadano, por piedad, manda no solo á esta desventurada que calle, sino dispon que la alejen de aqui.

ROCHER. ¿Tienes miedo? Pues bien: yo reclamo la declarácion de la ciudadana. (*Gritos.*) ¡Sí, sí! ¡La declaracion! (*Rumores fuera.*)

PRESIDENTE. Ved qué ruido es ese.

UN GENDARME. Es que traen á una jóven.

LORIN. (*A Mauricio.*) ¿Es ella?

MAURICIO. ¡Sí! ¡Infeliz! ¡Se ha perdido!

GRITOS. ¡Es la ramilletera, es la ramilletera!

ROCHER. Ante todo pido que se oiga á la Tison. (*Al presidente.*) ¡Tú la has dicho que hable..... pues que hable! (*Rumor y gritos en las tribunas.*)

PRESIDENTE. Ciudadana Tison, tienes la palabra.

MARGARITA. ¡Ciudadano, todos son unos aristócratas!.... ¡Fué una porcion de gente á ver á la presa..... mientras que á mí no me dejan ver á mi hija!—Luego vino una ramilletera, que no tenia derecho para entrar, supuesto que la consigna del centinela prohibe que se deje penetrar á nadie. El ciudadano Mauricio y el ciudadano Lorin lo mandaron.—La ramilletera traia ramilletes, y dentro de estos habia papeles..... Sí, sí; todos son unos aristócratas..... escepto el ciudadano Morand, que es un buen sugeto..... porque me dió un asignado de diez libras. Asi, á ese no le acuso; pero acuso á Lorin, á Mauricio, acuso á la ramilletera..... ¡Todos son traidores á la nacion, todos, todos, todos!

ROCHER. ¡Bien, bien! ¡Ellos la pagarán!

MARGARITA. (*A Rocher.*) ¿Y me devolverán mi Heloisa?

ROCHER. Sí, tranquilízate.

MARGARITA. La veré, la abrazaré..... ¡Qué felicidad!

PRESIDENTE. Ahora, que entre la ramilletera.

GRITOS. ¡La ramilletera, la ramilletera!

CABALLERO. (*Entre la multitud.*) ¡Oh! ¡Es horroroso!

ESCENA IV.

Dichos, HELOISA, *el* CABALLERO.

HELOISA. (*Levantando su velo.*) Aqui estoy, ciudadano presidente.

MARGARITA. ¡Heloisa!.... ¡Hija mia! ¿Tú, tú aqui?

HELOISA. ¡Sí, madre!

TODOS. ¡Su hija, su hija!

MARGARITA. ¿Y por qué vienes asi..... entre dos gendarmes?

HELOISA. Porque estoy acusada.

MARGARITA. ¿Tú? ¿Acusada? ¿Y por quién?

HELOISA. ¡Por vos! ¡Yo soy la ramilletera!

MARGARITA. (*Cayendo de rodillas.*) ¡Ay!!!

MAURICIO. ¡Desventurada!

PRESIDENTE. (*A Heloisa.*) ¿Cómo te llamas?

HELOISA. Heloisa Tison.

PRESIDENTE. ¿Qué edad tienes?

HELOISA. Diez y nueve años.

PRESIDENTE. ¿Dónde vives?

HELOISA. En la calle de Montmartre, número veinte y cuatro.

PRESIDENTE. ¿Fuiste tú quién vendió al ciudadano Linday, que está ahi, en ese banco, un ramillete de claveles esta mañana?

HELOISA. Sí, ciudadano; yo fuí.

MARGARITA. ¿Qué dice?

PRESIDENTE. ¿Y por qué le ofreciste aquellas flores al ciudadano?

HELOISA. Porque sabia que se las daria á Genoveva Dixmer, y que esta debia ver á la reina.

PRESIDENTE. ¿Ignoraba Genoveva Dixmer que los claveles contenian billetes?

HELOISA. Sí.

PRESIDENTE. ¿Y la presa?

HELOISA. Tambien.

PRESIDENTE. Entonces ¿cómo suponias que el ramillete llegaria á sus manos?

HELOISA. Hacia tanto tiempo que la pobre muger no habia visto flores, que yo presumia con razon que al ver aquellas pediria una.

PRESIDENTE. ¿Y pasó todo como tú habias previsto?

HELOISA. Sí.

PRESIDENTE. ¿Quiénes son tus cómplices?

HELOISA. No los tengo.

PRESIDENTE. ¡Cómo! ¿Tú sola has ideado ese plan?

HELOISA. Sí, yo sola.

PRESIDENTE. Pero ¿sabia el ciudadano Mauricio lo que habia dentro de los claveles?

HELOISA. El ciudadano Mauricio es municipal, y como tal le era fácil ver á la reina á cualquier hora del dia y de la noche; y si hubiera tenido algo que decirla, no habria necesitado escribir..... una vez que podia hablar.

PRESIDENTE. ¿Y no conocias tú al ciudadano Mauricio?

HELOISA. Lo conocia por haberle visto en el Temple en el tiempo en que yo vivia alli con mi pobre madre; mas no habia tenido el menor trato con él.

PRESIDENTE. ¿Y al ciudadano Lorin?

HELOISA. A ese le he visto esta mañana por primera vez.

LORIN. (*A Rocher.*) ¿Lo oyes, miserable? ¿Oyes lo que has hecho? ¡Ah! Ciudadanos, ya conoceis que esta niña ha sido seducida, arrastrada.....

PRESIDENTE. (*A Heloisa.*) ¿Quién te sedujo, quién te atrajo al partido realista?

HELOISA. Nadie: la reina es hermosa y buena; yo la veia padecer, y me dije: «Antes que reina es muger, y me parece que si puedo salvarla, haré una buena accion.»

PRESIDENTE. ¿No tienes que esponer nada mas en tu defensa?

HELOISA. No.

PRESIDENTE. ¿Sabes cuál es la suerte á que te espones?

HELOISA. Sí.

PRESIDENTE. ¿Confias quizás en tu juventud y en tu belleza para desarmar á los jueces?

HELOISA. ¡Solo espero, solo confio en Dios!

CABALLERO. (*Aparte.*) ¡Noble jóven!

LORIN. Y yo aguardo que el tribunal revolucionario descubrirá la verdad.

PRESIDENTE. Ciudadano Mauricio Linday, ciudadano Jacinto Lorin, estais libres; la seccion reconoce vuestra inocencia, y hace justicia á vuestro civismo. (*Aplausos.*) Gendarmes, conducid á Heloisa Tison á la cárcel de la seccion.

MARGARITA. ¡Hija mia, hija mia, hija mia! (*Quiere lanzarse hácia ella, y cae de golpe en el suelo.*)

HELOISA. ¡Adios, madre! ¡Yo os perdono!

MAURICIO. ¡Oh! ¡Es horrible! ¡Preferiria morir á quedar absuelto á tanta costa!

LORIN. ¡No puede haber un juez capaz de condenar á esa criatura! ¡Ven, ven!

ESCENA V.

MARGARITA *desmayada al pié de la tribuna;* DIXMER *y el* CABALLERO. *El primero guarda la puerta; el segundo se acerca á la* TISON.

MARGARITA. (*Volviendo en sí.*) ¡Dios mio, Dios mio!

CABALLERO. ¿Estás contenta, desventurada? ¡Has muerto á tu hija!

MARGARITA. ¿He muerto á mi hija, he muerto á mi hija? ¡No, no es posible!!

CABALLERO. Lo es sin embargo, porque Heloisa ha sido presa.

MARGARITA. Sí, sí! ¡Presa! Ahora lo recuerdo, y la han conducido.....

CABALLERO. ¡A la conserjería!

MARGARITA. ¡Quítate..... déjame pasar!

CABALLERO. ¿A dónde vás?

MARGARITA. ¿A dónde ha de ir una madre sino á salvar á su hija?

CABALLERO. ¿Qué quieres hacer?

MARGARITA. Verla.

CABALLERO. No te dejarán entrar.

MARGARITA. ¡Pero me dejarán tenderme á la puerta..... vivir allí..... dormir allí! ¡Me quedaré hasta que salga, y la veré..... al menos una vez!

CABALLERO. ¿Y si alguno te prometiese devolvértela?

MARGARITA. ¿Qué dices?

CABALLERO. Te pregunto..... Suponiendo que un hombre te proponga devolverte tu Heloisa, si harias lo que ese hombre te dijera que hicieses.

MARGARITA. ¡Sí, todo por mi hija, todo por mi Heloisa!

CABALLERO. Escucha: Dios es quien te castiga.

MARGARITA. ¿Por qué?

CABALLERO. Por las torturas que has hecho sufrir á una pobre madre como tú.

MARGARITA. ¿De quién quieres hablar?

CABALLERO. Quiero decir que con tus revelaciones, con tus crueldades, has puesto frecuentemente á la reina á dos dedos de la desesperacion, de la que estás tú muy cerca ahora. Asi, Dios te castiga enviando á la muerte esa hija á quien amas tanto.

MARGARITA. ¿Has dicho que hay un hombre que puede salvarla? ¿Dónde está ese hombre? ¿Qué quiere? Vamos, ¿qué quiere? ¿Qué exige?

CABALLERO. ¡Que ceses de perseguir á la reina, que la pidas perdon por los ultrajes que la has hecho, y que si ves que aquella muger, la cual tiene asimismo una hija que padece, que llora, que se desespera; si ves, digo, que por una circunstancia imposible, por un milagro del cielo, la reina está á punto de salvarse, en vez de oponerte á su fuga, que la auxilies, que la protejas.

MARGARITA. Escucha, ciudadano. ¿Tú eres ese hombre?

CABALLERO. Sí.

MARGARITA. ¿Eres tú el que me promete libertar á mi hija? ¿Me lo juras?

CABALLERO. Juro hacer para libertar á Heloisa cuanto un hombre puede hacer por una muger.

MARGARITA. ¡No puede salvarla, no puede salvarla! ¡Mentia cuando me prometia hacerlo!

CABALLERO. ¡Haz lo que puedas por la reina, y yo haré lo que pueda por Heloisa!

MARGARITA. ¿Y qué me importa á mí la reina? ¡Es una madre que tiene una hija, y nada mas! ¡Pero si guillotinan á alguna, no será á su hija, sino á ella! ¡Pues que me lleven á mí al cadalso, á condicion de que no tocarán á un solo cabello de la cabeza de mi hija, é iré al cadalso cantando! ¡Morir, morir!.... ¡Gran cosa, pardiez! ¡Ah, ah, ah! (*Lanza una carcajada, que termina con sollozos.*)

DIXMER. ¡Venid, venid, caballero! No conseguiremos nada de esta muger.

MARGARITA. (*Deteniéndole.*) ¡No, no te marcharás asi! No se le dice á una madre: «Haz lo que quiero y salvaré á tu hija,» para decirla despues: «¡Quizá!....» Vamos, ¿la salvarás?

CABALLERO. Sí.

MARGARITA. ¿Cuándo?

CABALLERO. El dia que la conduzcan desde la conserjería al cadalso.

MARGARITA. ¿Y para qué esperar tanto? ¿Por qué no ha de ser esta tarde? ¿Por qué no esta noche? ¿Por qué no ahora mismo?

CABALLERO. ¡Porqué no puedo!

MARGARITA. ¡Oh! ¡Ya lo ves! ¡Ya ves cómo no puedes! ¡Pero yo sí puedo!

CABALLERO. ¿El qué?

MARGARITA. ¡Puedo perseguir á la presa, segun tú la llamas: puedo vigilar á la reina, como tú dices, aristócrata! ¡Puedo entrar á cualquier hora, de noche y de dia, en su prision..... y todo eso lo haré!.... En cuanto á salvarla..... veremos..... veremos..... ya que no quieren salvar á mi hija..... si se salva la otra. La presa ha sido reina, bien lo sé.... y Heloisa no es mas que una pobre muchacha..... bien lo sé tambien..... ¡Pero en la guillotina todos somos iguales! Cabeza por cabeza, ¿quieres?

CABALLERO. ¡Sí! Liberta á la reina, y yo libertaré á tu hija.

MARGARITA. ¡Júralo!

CABALLERO. ¿Por quién quieres que te lo jure?

MARGARITA. ¿Tienes una hija?

CABALLERO. No.

MARGARITA. ¿No tienes una hija? ¿Por quién quieres jurármelo entonces?

CABALLERO. ¡Lo juro por la tumba de mi padre!

MARGARITA. (*Estremeciéndose.*) No jures por una tumba..... ¡Eso seria un agüero fatal! ¡Cuando pienso que dentro de tres dias yo tambien podré jurar por la tumba de mi hija!....

DIXMER. Os repito que no lograremos nada de esta muger. ¡Está loca!....

CABALLERO. ¡No; es madre!

MARGARITA. (*Delirando ya.*) Mira: para que te crea, para que te crea, dime quién eres, dime tu nombre.....

CABALLERO. Pues bien: soy.....

DIXMER. ¿Qué haceis?

CABALLERO. No temais que nos descubra; su propio interés la hará ayudarnos.

DIXMER. Y su estraviada razon vendernos.

MARGARITA. ¡Tu nombre, tu nombre!

CABALLERO. Soy el caballero de la Casa-Roja.

MARGARITA. ¡Ah! ¡Todo lo comprendo! ¡El amante de la reina!.... (*Delirando.*) ¡Y Dixmer está contigo! ¡Luego Dixmer es traidor..... luego tú lo serás tambien!

DIXMER. ¿Lo veis? ¡Va á perdernos!

MARGARITA. (*Con un delirio creciente.*) ¡Luego me hareis traicion á mí..... me engañareis..... no salvareis á mi hija!.... ¡Y he podido creeros!

DIXMER. ¡Ciudadana!

MARGARITA. ¡Quítate, traidor, quítate! Lo mejor es que muramos todos, ya que no puede vivir Heloisa..... Y ahora, ahora mismo voy á denunciarte á tí, caballero de la Casa-Roja.

CABALLERO. (*Queriendo hacerla callar.*) ¡Está loca! ¡Silencio, desventurada, silencio!

MARGARITA. No, no..... hablaré, diré quién sois..... y asi acaso perdonarán á mi hija! ¡Rocher! (*Llamando.*)

DIXMER. (*Levantando un puñal para herirla.*) No hay mas remedio.....

CABALLERO. ¿Qué haceis? (*Impidiéndoselo.*)

DIXMER. ¡Creerán que ella misma se ha dado muerte!

CABALLERO. ¡Un asesinato, y á una pobre madre! ¡Jamás!

MARGARITA. (*Llamando.*) ¡Rocher, Rocher!

DIXMER. ¡Ved que nos pierde!

CABALLERO. ¡Huyamos!

MARGARITA. ¡Rocher, Rocher! ¡Quieren matarme!

DIXMER. (*Viendo salir á Rocher y al populacho.*) ¡Ya es tarde!

ESCENA VI.

Dichos, ROCHER, *el* PRESIDENTE, MAURICIO, GENOVEVA, LORIN, *pueblo, gendarmes.*

PRESIDENTE. Ciudadana, ¿por qué gritas?
MARGARITA. ¡Mira..... mira.... quieren matarme!
PRESIDENTE. ¿Por qué?
MARGARITA. Porque son unos traidores..... porque me engañan..... porque voy á delatarlos.
PRESIDENTE. ¡Está loca!
ROCHER. ¡Habla!
MARGARITA. ¡Ese que veis ahi..... el ciudadano Morand, es el caballero de la Casa-Roja!
TODOS. ¡Ah!....
CABALLERO. ¡Soy perdido! ¡Pobre reina!
MARGARITA. El otro, Dixmer, es su cómplice.
GENOVEVA. (*Corriendo hácia él.*) ¡Padre mio!
PRESIDENTE. Gendarmes, sujetad á esos dos hombres, y apoderaos tambien de Genoveva Dixmer.
MAURICIO. ¡Cómo! Ciudadano, ¿supondrias?....
PRESIDENTE. El tribunal revolucionario los juzgará.
MAURICIO. ¡Pero el tribunal no perdona á nadie!
ROCHER. El tribunal es justo siempre, ciudadano.
MARGARITA. Y ahora, decidme: ¿perdonareis á mi hija?.... (*Todos callan.*) ¡Callais todos! ¡Entonces no hay esperanza! Entonces yo quiero morir tambien. ¡Llevadme al cadalso, llevadme!
LORIN. ¡Tú estás inocente, infeliz!
MARGARITA. ¡Ah! ¡Se necesita un motivo!.... No importa: yo lo daré. Oye, ciudadano: soy realista, soy conspiradora, soy..... soy lo que querais que sea. ¿No basta? ¡Dios mio! ¿Qué haré yo? ¡Ah!.... ¿No guillotinan al que dice viva la reina? Pues yo digo: (*Con un grito terrible.*) ¡Viva la reina, viva la reina!
LORIN. ¡Desventurada!
MARGARITA. ¡Vamos, gendarmes, prendedme..... conducidme! ¿No lo oís? He dicho «¡Viva la reina!» (*Murmullos sordos.*)
ROCHER. ¡Ciudadano presidente, pido que se conduzca á esta muger al tribunal: ha dicho *viva la reina*, y ese delito se

castiga con la muerte! (*El presidente hace una seña, y los gendarmes rodean á Margarita.*)

MARGARITA. ¡Gracias, Rocher, gracias! ¡Viva la reina, viva la reina..... viva la reina! (*Le va faltando la voz, y cae desmayada en brazos de los gendarmes.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

CUADRO PRIMERO.

El teatro representa una sala interior en la cárcel de la conserjería.

ESCENA I.

ROCHER, *un* CARCELERO, *un* AGENTE.

ROCHER. Tú respondias de los presos con tu cabeza: se han escapado, segun dices..... luego debes pagar con ella.

CARCELERO. (*Arrodillándose.*) ¡Ciudadano, ciudadano, te juro que soy inocente!

ROCHER. Si no eres culpable de traicion, lo eres de negligencia, y ambas cosas tienen el propio castigo: ¡la muerte!

CARCELERO. ¡Ah! ¡Piedad!

ROCHER. ¡Silencio! *(Al agente.)* ¿Quiénes son los que han logrado fugarse anoche despues de haber sido condenados al último suplicio?

AGENTE. El caballero de la Casa-Roja y el capitan Dixmer.

ROCHER. ¿Se sabe la direccion que han tomado?

AGENTE. ¡A estas horas se hallarán ya muy cerca de Inglaterra!

ROCHER. ¡Maldicion! ¿Quiénes son los que deben ser guillotinados á las cuatro?

AGENTE. Todos los girondinos: Genoveva Dixmer, la hija del capitan; la ciudadana Tison..... y su hija Heloisa.

ROCHER. Muy bien.—Son las tres..... Entonces, dentro de una hora.—Retírate. (*Al agente.*)

AGENTE. Ciudadano inspector, afuera está el municipal Lorin, que exige absolutamente verte.

ROCHER. El municipal Lorin..... ¡El aristócrata! Si yo pudiese vengarme de él y de Mauricio Linday..... ¡Hazle entrar! (*Vase el agente.*)

ESCENA II.

ROCHER, *luego* LORIN.

ROCHER. ¿Qué me querrá?.... Odio, aborrezco á esos dos hombres desde aquella noche en que me humillaron y me vencieron. ¡Y parece que un poder invisible los protege, los ampara! Absueltos por la seccion; honrados por la municipalidad, por la convencion..... ¡Es menester que me deshaga á toda costa de ellos!

LORIN. ¡Gracias á Dios que me concedes audiencia, ciudadano Rocher! ¿Sabes que te pareces á los ex-nobles en la importancia que te das? ¿Sabes que si yo quisiera desempeñar el despreciable papel que tú ejecutas tan á menudo, tendria bastante motivo para denunciarte como sospechoso?

ROCHER. ¿Sospechoso el patriota, el descamisado Rocher? ¡Ah, ah, ah!

LORIN. *(Riéndose.)* ¡El descamisado Rocher, que va aficionándose sobradamente á las camisas; el desinteresado patriota que va aprendiendo á esplotar á la patria!

ROCHER. (*Alarmado.*) ¿Qué dices?

LORIN. Digo que yo podria decir dónde escondes el fruto de tus rapiñas y de tus maldades; digo que conozco el arca santa donde guardas avaramente tu tesoro.

ROCHER. ¿Te atreverias?....

LORIN. A todo..... si no haces lo que te voy á pedir.

ROCHER. (*Con insolencia.*) ¡Ah! ¿Es un mercado lo que vienes á proponerme?

LORIN. Sí: un mercado.

ROCHER. Habla.

LORIN. ¿No son las cuatro la hora de la ejecucion?

ROCHER. Sí, como siempre.

LORIN. Pues bien: Mauricio Linday y yo deseamos ver por última vez á la ciudadana Genoveva Dixmer.

ROCHER. ¿Dónde?

LORIN. En la sala de la conserjería, en la que se encierra á los reos de muerte tres horas antes de ir al patíbulo.

ROCHER. ¿Y te atreverás á entrar en ella?

LORIN. ¿Por qué no, estando seguro de salir?

ROCHER. ¿Seguro de salir? ¿Y cómo?

LORIN. ¿No se entra y sale allí con una targeta firmada por tí, como inspector que eres de las cárceles?

ROCHER. Es cierto.

LORIN. Pues bien, solo me falta que me des dos targetas, dos permisos para Mauricio y para mí.

ROCHER. No es posible.

LORIN. ¿Por qué?

ROCHER. Porque necesito una órden del presidente del tribunal revolucionario.

LORIN. Sí; pero esa órden la tienes ya, espedida en términos generales, y ahi debes guardar..... (*Rocher se echa la mano al bolsillo como defendiendo sus targetas.*) ¡Hola! ¿Con que es en ese bolsillo donde estan?

ROCHER. ¿Qué intentas?

LORIN. Nada: que me entregues al momento lo que te pido.

ROCHER. ¡Nunca!

LORIN. ¿Por qué?

ROCHER. Porque..... porque.... porque eres aristócrata... porque eres sospechoso.

LORIN. ¡Miserable! (*Variando de tono.*) ¡Qué diablos! ¡No nos enfademos! Este asunto puede concluirse con satisfaccion y provecho por ambas partes. ¿Tan gran cosa es lo que te pido? ¿No se les concede á las familias el permiso de que abracen por última vez á los reos?

ROCHER. Vosotros no sois la familia de Genoveva Dixmer, sino que Mauricio es su amante, su.....

LORIN. Lo mismo da: el ciudadano Dixmer se escapó felizmente..... quiero decir, desgraciadamente, porque era un pícaro; pero su hija no tiene culpa de nada: es inocente, y nosotros queremos endulzar sus postreros instantes. Vamos, despáchate, pues el tiempo urge.

ROCHER. ¿Y qué me importa?

LORIN. A tí nada, ya lo sé: á mí mucho. Oye: ¿cuánto quieres por las dos targetas?

ROCHER. ¿Cómo?....

LORIN. Incorruptible patriota, bien sé que todos tus escrúpulos los vence el oro. Lo repito: ¿cuánto quieres por las dos targetas?

ROCHER. Ciudadano Lorin, te denunciaré como corruptor.

LORIN. Ciudadano Rocher, te denunciaré como corrompido... y tengo datos, documentos para probarlo.

ROCHER. (*Despues de una pausa.*) Eso es otra cosa..... ¿Y.... me darás oro?.... Porque no me gustan los asignados.

LORIN. Ó solo te gustan cuando no hay oro.—Sí: oye, oye...
(*Sonando dinero en los bolsillos.*)

ROCHER. (*Con alegría.*) ¿Tienes mucho?

LORIN. ¡Pst!.... No falta. Con que concluyamos: ¿cuánto quieres?

ROCHER. Quinientas libras en oro..... y quinientas en asignados.

LORIN. ¿Asignados tambien? ¿Pues no los profesas tanto horror?

ROCHER. Vengan. (*Alargando la mano.*)

LORIN. Vengan antes las targetas.

ROCHER. ¿No se podrian arreglar las cosas de una manera muy sencilla?

LORIN. ¿Cómo?

ROCHER. Hay dos puertas en la sala de la conserjería.

LORIN. ¡Ya lo sé!

ROCHER. Pues bien: entrad por la de los reos; para aquella no se necesitan targetas: yo os introduciré á los dos, y cuando hayais hablado á esa muger, me llamareis, y os volveré á sacar.

LORIN. No habria inconveniente si no fuese por cierta historia que me han contado.

ROCHER. ¿Y cuál es?

LORIN. La de un pobre jorobado, que creyendo entrar en los archivos, entró en la estancia fatal. Asi, como habia penetrado por la puerta de los reos en vez de ser por la principal, porque no tenia una targeta semejante á las que te pido para hacer constar su identidad, no quisieron dejarle volver á salir, diciéndole que cuando habia entrado por la puertecilla de los reos, estaria sentenciado como los demás. En vano protestó, gritó, juró; nadie quiso creerle, nadie vino en su ayuda, nadie le hizo salir. De modo que á pesar de sus protestas, de sus juramentos, de sus gritos, el verdugo le cortó los cabellos primero y la cabeza en seguida.—¿Es cierta esta anécdota, Rocher? Tú debes saberlo mejor que nadie.

ROCHER. Sí, es cierta.

LORIN. Entonces, ya conoces que con tales antecedentes seríamos unos locos si entrásemos sin salvo-conducto en aquel sitio.

ROCHER. ¡Cuando te digo que yo estaré allí, que yo responderé, que!....

LORIN. ¿Y si estás ocupado en otra parte? ¿Y si me olvidas? ¿Y si me vendes?

ROCHER. Te juro.....

LORIN. No jures: Judas juró tambien, y vendió luego á su maestro.—Nada: aqui está el dinero: vengan las targetas.

ROCHER. ¿Te obstinas?

LORIN. Sí.

ROCHER. (*Despues de una pausa.*) En ese caso..... toma. (*Le da las targetas.*)

LORIN. Y toma tú.

ROCHER. Aguarda á que lo cuente: no te vayas aun; podrias engañarme.

LORIN. (*Con desprecio.*) ¡Miserable! ¡Ya me aguardo! ¡Cuenta, cuenta!

ROCHER. (*Contando el dinero y hablando para sí.*) Yo los cogeré á los dos en ese lazo..... Veinte y cinco..... entrarán; pero no saldrán..... Cincuenta..... Ciento..... les arrancaré las targetas, y haré creer que son reos de muerte..... (*Acabando de contar.*) Cabal está.

LORIN. Me alegro. (*Marchándose.*)

ROCHER. Oye, ciudadano Lorin, no te entretengas alli mucho, porque es peligroso aquel sitio.

LORIN. ¡Entiendo, entiendo!

ESCENA III.

Dichos, el AGENTE, GENDARMES.

AGENTE. (*Deteniendo á Lorin.*) Ciudadano municipal, detente.

LORIN. (*Estremeciéndose.*) ¿Qué quieres?

AGENTE. Esta órden del tribunal: toma.

LORIN. (*Aparte.*) ¡Cielos! ¿No podré salvarla? (*Leyendo.*) ¡Ah! ¡Eso es diferente!

ROCHER. (*Acercándose.*) ¿Te prenden? ¿Te han acusado?

LORIN. Al contrario, patriota Rocher: es una órden encargándome de prenderte.....

ROCHER. ¿A mí?

LORIN. ¡Te han denunciado por tibio, por sospechoso!

ROCHER. ¿Sospechoso yo?

LORIN. A los espías, á los acusadores, les llega al cabo su vez: ¡la ley de la expiacion es eterna!

ROCHER. Pero yo les diré, yo les probaré.....
LORIN. Lo que gustes; pero anda.
ROCHER. ¿Y quién me acusa?
LORIN. ¡El ciudadano Arístides!
ROCHER. ¡El mismo á quien yo acusé ayer!
LORIN. ¿No te lo dije? ¡La ley de la expiacion! ¡Gendarmes, conducidle!
ROCHER. ¡Maldicion, maldicion! (*El reloj dá las tres.*)
LORIN. ¡Las tres!... ¡No hay que perder un minuto! ¡Corramos á salvar á Genoveva! *(Corre precipitado hácia una puerta, mientras los gendarmes se llevan á Rocher por otra.)*

CUADRO SEGUNDO.

La sala de los reos de muerte en la conserjería, estancia lóbrega y sombría, que alumbra una débil lámpara. Dos solas puertas de hierro: la de la derecha es la de los reos; la de la izquierda la de salida.

ESCENA I.

GENOVEVA, MARGARITA TISON.

MARGARITA. ¿Por qué lloran todos? ¡Ah! ¡Es que no les han quitado su hija como á mí!.... ¡Es que no van á reunirse con ella en el cielo! ¡Pobre Heloisa mia!.... ¡Yo no lloro, no lloro ya!

GENOVEVA. ¡Dios mio! ¡Dadme fuerzas para resistir!

MARGARITA. ¡Comprendo el dolor de esta! (*Mirando á Genonoveva.*) Es jóven, es hermosa..... ¡Tiene alguno que la ame en la tierra!.... ¡Hija mia, (*A Genoveva.*) consolaos; si es por vuestra madre por quien llorais, pronto, pronto irá á buscaros!

GENOVEVA. ¡Infeliz muger! ¿Con que vos tambien?....

MARGARITA. ¡Ah! ¡Te reconozco! Tú eres la que fué al patio del Temple el dia en que mi desgraciada Heloisa entró disfrazada de ramilletera, y que me pareció oir su voz. Mira, yo fuí quien la acusó..... ¿Comprendes esto? ¡Una madre que acusa, que mata á su hija!! ¡Pero no fuí yo, no; fué el infame Rocher!.... ¡Y cuando pienso que no podré ahogar á ese miserable antes de morir!!!

GENOVEVA. ¡Dios mio, Dios mio!

MARGARITA. ¡Qué largo es el tiempo aqui! ¡Son las tres las que acaban de dar..... y yo que conté las cuatro! ¡Ah! ¡Una hora todavía! (*Se sienta al pié de una columna.*)

GENOVEVA. ¡Atravesar todo París; llegar allá, allá..... subir al cadalso sin nadie que la sostenga á una mas que el verdugo..... morir sola..... sola..... sola!

ESCENA II.

Dichos, LORIN *en la puerta de la derecha.*

LORIN. Ciudadano centinela, bien vés como traigo targeta..... una targeta en regla. «¡Dejad pasar, dice, al ciudadano portador de la presente.=Rocher, inspector!...»

CENTINELA. Es verdad: entra, ciudadano.

LORIN. Devuélme la targeta, si gustas. Deseo entrar ciertamente; pero aun deseo mas salir. (*La puerta se vuelve á cerrar detrás de él.*) ¡Diablo! ¡Qué oscuridad! Veamos ante todo si la encuentro. (*Se oye dentro cantar la* Marsellesa.) ¡Música en una cárcel! ¡Ah! ¡Ya recuerdo! ¡Son los girondinos, que sentenciados á muerte, han obtenido permiso para reunirse y celebrar esta noche un último banquete! ¡Creo que está allí! (*Acercándose á Genoveva y tocándola en el hombro.*) ¡Genoveva!

GENOVEVA. ¡Qué! ¿Vienen ya? (*Retrocediendo con espanto.*)

LORIN. Genoveva, soy yo.

GENOVEVA. ¿Vos aquí? ¿Vos en esta horrible estancia?

LORIN. ¡Silencio! Ni una palabra, ni un grito, ni un gesto.... dominad vuestra emocion, y escuchadme.

GENOVEVA. ¿Qué vais á decirme? ¿Qué ocurre?

LORIN. Ocurre que os traigo la esperanza.

GENOVEVA. ¿La esperanza?

LORIN. ¡Sí: vuestro padre ha huido, y Mauricio nos espera!

GENOVEVA. ¡Mi padre se ha salvado! ¡Mauricio me espera! ¿Pero sabeis que estoy condenada á muerte?

LORIN. ¡Estais libre!

GENOVEVA. ¿Libre con esas rejas, con esos cerrojos, con esos centinelas? Decidme: ¿estan libres los otros infelices? Y si no lo estan, ¿cómo lo he de estar yo?

LORIN. Hablad bajo..... hablad bajo..... ó mas bien, no digais nada; dejadme que yo hable.

GENOVEVA. Pero ante todo, ¿le veré?

LORIN. Muy pronto.

GENOVEVA. Entonces, os escucho.

LORIN. Escuchad, Genoveva: nuestra vida depende de una palabra mal interpretada, mal comprendida.

GENOVEVA. ¿Nuestra vida?

LORIN. ¡Sí: la mia, la vuestra, la de Mauricio, porque Mauricio no os sobreviviria si sucumbieseis!

GENOVEVA. ¡Ah!

LORIN. Aqui se entra por dos puertas: aquella, que da al tribunal, y por la cual vos habeis entrado, es la de los sentenciados á muerte.

GENOVEVA. ¡Ya lo sé!

LORIN. La otra, esta, es la puerta de las visitas, y va á dar á los archivos: por ella se entra y se sale con targetas... Escuchadme bien, Genoveva: yo me he proporcionado esas targetas, y vais á huir de aqui.

GENOVEVA. ¿Es esto verdad? ¡Oh! ¡Gracias, Dios mio! ¡Lo confieso: soy jóven..... amo..... soy amada, y sentia perder la vida..... tenia miedo de morir!

LORIN. ¡Chit!.... ¡Vuestra alegría puede vendernos! ¡Por eso, en lugar de arrancaros de este sitio á toda prisa, os he preparado con esta larga esplicacion, y ahora reunid vuestras fuerzas..... conteneos, y venid!

GENOVEVA. ¡Ah!.... ¡No puedo sostenerme!....

LORIN. ¡Ánimo! ¡Vamos!

GENOVEVA. ¿Y si los encontrásemos al paso?

LORIN. ¿A quiénes?

GENOVEVA. ¡A mis verdugos!

LORIN. ¡Tranquilizaos! ¡Nada teneis ya que temer! ¡Venid, venid!

MARGARITA. Dí, ciudadana: ¿eres tú la que va delante? ¡En ese caso verás á mi Heloisa antes que yo, y la dirás que pronto iré á buscarla!

GENOVEVA. ¡Dios mio! Cuando pienso que solo por conspirar con nosotros la infeliz niña.....

LORIN. ¡Genoveva, pensad en que apenas tenemos un cuarto de hora..... y en que Mauricio nos aguarda!

GENOVEVA. Sí, sí..... ¡Mauricio! ¡Vamos á reunirnos á Mauricio! (*Se disponen á llamar á la reja.*)

ESCENA III.

Dichos, MAURICIO *por el lado opuesto.*

MAURICIO. ¡Genoveva! ¿Dónde está Genoveva?

GENOVEVA. (*Con un grito de horror y corriendo hácia él.*) ¡Oh! ¡Mauricio!

LORIN. (*Fuera de sí.*) ¡Mauricio por la puerta de los reos de muerte! ¡Desventurado! ¡Y no tengo mas que dos targetas!

GENOVEVA. ¿Tú aqui, amigo mio?

MAURICIO. ¿No me esperabas, Genoveva? ¿Creiste por ventura que te dejaria morir sola? ¡Oh, no, no! Aqui estoy.

GENOVEVA. Pero ¿qué has hecho?

MAURICIO. ¡Lo que he hecho es muy natural! Cuando ví que te habian condenado, que no nos quedaba esperanza, corrí al tribunal, y me acusé yo mismo de haber dado el clavel en el Temple; me acusé de conspirador..... ¿de qué no me hubiera yo acusado para que me condenasen tambien, para poder morir á tu lado?—¡Ahora, gracias á la sentencia, ya no nos separaremos nunca.—Valor, Genoveva: el cielo y los hombres, que no han querido que tengamos una misma morada en la tierra, no impedirán que tengamos una misma tumba! ¡Aqui estoy, Genoveva, aqui estoy para no abandonarte ya jamás, ni en este mundo ni en el otro!

GENOVEVA. ¡Ah! ¡Me amaba como yo le amo!

MAURICIO. Genoveva, Genoveva, ¿no te parece que morir juntos será la suprema felicidad?

GENOVEVA. ¡Morir! ¡No, no moriremos; al contrario, vamos á vivir..... vamos á vivir el uno para el otro!

MAURICIO. ¿Y cómo? ¡Dios mio! ¿Se habrá vuelto loca?

LORIN. ¡Oh! ¡Yo no puedo dejar que mueran! (*Aparte.*)

GENOVEVA. No, no, tranquilízate..... pero hablemos bajo. ¿Ves esa puerta?

MAURICIO. Sí.

GENOVEVA. Pues se puede salir por ella.

MAURICIO. Mas son necesarias targetas.

GENOVEVA. Lorin tiene.

MAURICIO. ¿Lorin?

GENOVEVA. Sí.

MAURICIO. ¿Y dónde está? Creo que no será en este sitio.

LORIN. Al contrario..... aqui estoy.

MAURICIO. ¿Tú? ¿Qué significa esto?

LORIN. Es muy sencillo: conozco, como sabes, al presidente del tribunal, y le he hecho firmar tres targetas: tomad.

MAURICIO. ¿Tres de veras, Lorin?

LORIN. Sin duda: iba á llevarme á Genoveva, y á dar la tercera á uno de esos infelices; pero la caridad bien ordenada empieza por uno mismo.

MAURICIO. ¡Gran Dios! ¡Me parece un sueño! ¡Yo lo habia

calculado todo para la muerte! Mira, Genoveva, ¿ves ese cuchillo? Pues si te hubiese dado mucho miedo el cadalso, te hubiera muerto primero con mi mano, y en seguida me habria herido yo mismo.

GENOVEVA. ¡Qué horror!.... ¡Arroja ese cuchillo! Gracias al cielo, ya no necesitamos de él. (*Se lo quita, y lo arroja al suelo.*) Vamos.

MAURICIO. Ven, Lorin.

LORIN. ¿Cómo hemos de salir los tres á un tiempo por la misma puerta juntos?.... Id delante, y yo me incorporaré á vosotros.

MAURICIO. ¿Dónde?

LORIN. En Abbeville: ¿no es alli donde pensais embarcaros para Inglaterra?

MAURICIO. ¡Sí!

LORIN. Entonces hasta Abbeville. ¡Pero no os detengais en el camino, porque nuestra fuga va á levantar una polvareda horrorosa! Si yo no he llegado antes que vosotros, pasad á Inglaterra sin perder un minuto.

MAURICIO. Pero.....

LORIN. Mauricio, Mauricio, vas á perdernos con tu calma..... Mira, ya son las cuatro menos cuarto. (*Llama en la reja.*)

CENTINELA. (*Fuera.*) ¿Qué quieres?

LORIN. ¡Buena pregunta! ¡Salir!

CENTINELA. ¿A ver las targetas?

LORIN. (*Dándoselas á Genoveva.*) Enséñalas.

GENOVEVA. Mira.

CENTINELA. Pasad.

MAURICIO. ¿Y tú?

LORIN. En seguida. ¿No me has comprendido? Es menester que haya algunos momentos de intervalo....., anda delante, anda..... y hasta la vista.

MAURICIO. (*Tendiéndole los brazos.*) ¡Lorin!

LORIN. Nada de demostraciones..... Puesto que nos hemos de ver muy pronto, son inútiles.

MAURICIO. ¡No tardes!

LORIN. No, no lo temas.

MAURICIO. Hasta luego.

LORIN. (*Abrazándolos.*) Genoveva, Mauricio, amigos mios.....

MAURICIO. ¡Qué conmovido estás!

LORIN. ¿Yo? ¡No tal! ¡Anda, anda! ¡Adios!

MAURICIO. ¡Adios!

GENOVEVA. ¡Adios! (*Vanse.*)

ESCENA IV.

Dichos, menos MAURICIO *y* GENOVEVA.

LORIN. ¡Han desaparecido..... atraviesan el corredor!..... ¡Ya no los veo! ¡Ah! ¡Haga Dios que ningun obstáculo se oponga á su fuga!.... ¡Hay tanta distancia todavía desde aqui hasta la puerta que dá al muelle!.... Hablan muy alto afuera.... ¡Acaso alguien los habrá conocido, denunciado!.... ¡Oh! ¿Por ventura habré sacrificado mi vida sin conseguir salvarlos? ¡No, no! ¡Dios mio! ¡Eso no seria digno de tu justicia! ¡Corazon, corazon, no palpites tanto, porque me impides oirlos alejarse! ¡En este instante deben haber atravesado el primer postigo..... les abren la última puerta..... ya no oigo nada!.... ¡Sí, sí! ¡Estan libres..... se han salvado! ¡Señor, Señor, vos me debiais esta postrera alegría, esta suprema satisfaccion!

ESCENA V.

Dichos, ROCHER.

ROCHER. (*Saliendo por la puerta de los reos.*) ¡Ah! ¡Con tal de que no llegue tarde!

LORIN. ¡Rocher!

ROCHER. Sí, el tribunal me ha absuelto..... era una calumnia, una trama de mis enemigos..... á quienes yo confundiré. ¿Pero dónde estan tus amigos? ¿Dónde se halla Mauricio, dónde Genoveva? (*Al oir su voz, Margarita levanta la cabeza, y se arrastra hasta donde está el puñal que arrojó Genoveva y que recoge.*)

LORIN. (*Aparte.*) ¡Va á notar su ausencia!.... ¡Va á dar la voz de alarma! (*Alto.*) ¿Y qué quieres tú al ciudadano Mauricio y á la ciudadana Genoveva?

ROCHER. Responde: ¿dónde estan?

LORIN. Escucha, Rocher: voy á decirte.....

ROCHER. ¡No, no: entraron por la puerta de los reos, y deben encontrarse aqui!.... ¡Es menester que parezcan..... á menos que algun traidor no les haya hecho evadirse!

LORIN. Te repito.....

ROCHER. ¡No, no estan ya!... ¡Se han escapado!!... Pero voy á llamar y los alcanzarán.

LORIN. ¡Miserable! (*Queriendo detenerle.*)

ROCHER. ¡Déjame, déjame!.... Voy ahora mismo..... para que los sigan..... para que los maten.....

MARGARITA. (*Acercándose.*) ¡Ah! ¡Rocher, tú fuiste el que me obligaste á denunciar á mi hija!.... ¡Pues muere! (*Le hiere con el cuchillo.*)

ROCHER. (*Cayendo.*) ¡Ah!....

LORIN. ¡Hay una justicia en el cielo!

ESCENA VI.

Dichos y HELOISA, *que ha salido antes por la puerta de los reos, conoce á su madre, y corre hácia ella.*

HELOISA. ¡Madre mia!

MARGARITA. (*Con un grito desgarrador.*) ¡Hija de mis entrañas!.... ¡Todavía tú aqui! ¡Todavía existes!—¡Ah!.... ¡Lorin, Lorin..... sácame de este sitio..... sácame pronto con mi hija..... Yo quiero vivir..... yo quiero vivir.... yo quiero vivir!

HELOISA. ¡Madre, no hay esperanza! ¡Pero moriremos juntas!....

MARGARITA. No, no: yo no quiero que mueras..... yo quiero que vivas..... yo quiero que seamos dichosas..... ¡Lorin, sálvame..... sálvame!

LORIN. (*Con un grito de alegría.*) ¡Ah! ¡Ese miserable tenia otras targetas firmadas en el bolsillo!!...

MARGARITA. ¿Targetas? ¿Para qué?

LORIN. Para salir de aqui.

MARGARITA. (*Con ansiedad.*) ¡Búscalas, búscalas!.... (*El reloj de la conserjería dá las cuatro.*) ¡Las cuatro ya!....

HELOISA. ¡Es tarde!

MARGARITA. ¡Búscalas..... búscalas!....

LORIN. ¡Aqui estan!

MARGARITA. ¡Oh!.... (*Fuera de sí de alegría.*)

LORIN. ¡Silencio!.... Tomad vosotras: salid delante..... yo os sigo. (*Llamando á la reja.*)

CENTINELA. Vuestras targetas.

MARGARITA. (*Llevándose á su hija en los brazos.*) ¡Míralas! ¡Ven, ven!

LORIN. (*Presentando la suya.*) ¡Ahora, vida y libertad!.... (*En el momento en que desaparece, sale un carcelero con varios guardias nacionales, abre la puerta del foro, y se ve una mesa cubierta de viandas y llena de luces, al rededor de la cual estan sentados los girondinos.*)

CARCELERO. (*Abriendo la puerta.*) ¡Las cuatro!

UN GIRONDINO. ¡Viva la libertad!

TODOS. ¡Viva! *(En este momento rompe la música tocando la* Marsellesa ; *los girondinos salen de dos en dos entre los guardias nacionales para dirigirse al suplicio, y cae el telon.*

FIN.

Catálogo de las obras dramáticas de la propiedad del Círculo Literario Comercial, *estrenadas últimamente en los teatros de esta córte, y con especialidad en el Teatro Español.*

DRAMAS EN TRES Ó MAS ACTOS.

Boadil el chico.
García de Paredes.
Bernardo de Saldaña.
El Dos de mayo.
El Fuego del cielo.
El Cardenal y el ministro.
Sara.
Diego Corrientes ó el Bandido generoso.
Roberto el Normando.
Don Francisco de Quevedo.
Un Juramento.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la loca.
El Bufon del Rey.
El Hijo del Diablo.
Un Voto y una venganza.
Ultimas horas de un Rey.
Juan Bravo el Comunero.
La Reina Sara.
Antonio de Leiva.
Isabel la Católica.

COMEDIAS EN TRES Ó MAS ACTOS.

Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se vènga quien bien ama.
La Estudiantina, ó el diablo de Salamanca.
La Escala de la fortuna.
Capas y sombreros.
Amor con amor se paga.
Un Hidalgo aragonés.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo qué es el mundo!
Todo se queda en casa.
La Voluntad del difunto.
La Ceniza en la frente
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
Un matrimonio á la moda.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Caprichos de la Fortuna.
Achaques del siglo actual.
Embajador y Hechicero (de mágia.)
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
¿Quién es ella?
A quien Dios no le dá hijos.....

DE UNO Y DOS ACTOS.

La Ley sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes qne todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
Otro perro del hortelano.
No mas secreto.
El Vizconde Bartolo.
No hay chanzas con el amor.
Manolito Gazquez.
¡No hay felicidad completa!
El premio de la virtud.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
De casta le viene al galgo.
El Retratista.
Sombra, fantasma y muger.
Percances de un apellido.
El turron de noche-buena.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues, *segunda parte del Corazon de un bandido.*
¡Un ente singular!
La carta del sello negro.
Juan el Perdío.
Un Contrabando.
La Casa deshabitada.
Mi media Naranja.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Clases Pasivas.
Un Angel tutelar.
Cuerpo y sombra.
Las jorobas.

ZARZUELAS.

El Duende.
Colegialas y Soldados.
Misterios de bastidores.
El Alma en pena.
La noche-buena.
Una tarde de toros.

3 0112 117485109

PUNTOS DE VENTA.

Por suscricion 50 por 100 de rebaja.

En Madrid en las librerias de Rios, calle de Carretas, y Cuesta, calle Mayor.

EN PROVINCIAS.

Albacete.	Herrero y Pedron.	Logroño.	Ruiz.
Alcalá.	Moreno.	Lugo.	Pujol.
Alcoy.	Martí y Roig.	Málaga.	Moya.
Algeciras	Castaño y Monet.	Mataró.	Cabot.
Alicante.	Ibarra.	Murcia.	Molina.
Almaden.	Quiroga.	Ocaña.	Calvillo.
Almería.	Vergara y comp.	Orense.	Gomez Novoa.
Andujar.	Torre.	Oviedo.	Longoria.
Astorga.	Barrio y Gudiel.	Palencia.	Camazon.
Avila.	Aguado.	Palma.	Rullan Hermanos.
Badajoz.	Viuda de Carrillo.	Pamplona. . . .	Azpilcueta.
Baeza.	Alambra.	Plasencia.	Pis.
Barcelona. . . .	Oliveres.	Pontevedra. . .	Verea Varela.
Bejar.	Olleros.	Puerto de Santa María.	Valderrama.
Benavente. . . .	Fidalgo Blanco.	Reus.	Vidal.
Bilbao.	Delmas é Hijos.	Ronda.	Moreti.
Burgos.	Villanueva.	Salamanca. . . .	Oliva.
Cáceres.	Valiente.	San Fernando. . .	Meneses.
Cádiz.	Moraleda.	Santa Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Calatayud. . . .	Larrága.	Santander. . . .	Riesgo.
Carmona.	Moreno.	Santiago.	Sanchez y Rua.
Cartagena. . . .	Benedicto.	San Sebastian. . .	Baroja.
Castellon.	Moles.	Segovia.	Alejandro.
Ciudad-Real. . .	Gonzalez.	Sevilla.	Santigosa.
Ciudad-Rodrigo .	Perez.	Soria.	Rioja.
Córdoba.	Manté.	Talavera.	Castro.
Coria.	Muñoz.	Tarragona. . . .	Puigrubí y Canals.
Coruña	Sischká.	Teruel.	Lopez.
Cuenca.	Mariana.	Toledo.	Hernandez.
Ecija.	Jimenez.	Toro.	Rodrigez Tejedor.
Ferrol.	Tajonera.	Trugillo.	Hernandez.
Gerona.	Oliva.	Tuy.	Martinez Gonzalez
Granada.	Zamora.	Valencia.	Mateu y Garin.
Guadalajara. . .	Perez.	Valladolid. . . .	Rodriguez.
Huelva.	Portefaix.	Vigo.	Sotero.
Huesca.	Viuda de Galindo.	Vitoria.	Ormilugue.
Jaen.	Sacrista y comp.	Ubeda.	Sabater.
Jerez de la Front.	Bueno.	Zamora.	Pimentel.
Jijon.	Delgrás.	Zaragoza. . . .	Polo.
Leon.	Redondo.		
Lérida.	Sol.		

El CIRCULO LITERARIO COMERCIAL se halla establecido en la calle de Fuencarral, número 2, cuarto entresuelo, casa de Astrarena.